



LA HUIDA DE EGIPTO (1).

El rey Herodes esperaba con impaciencia á los Magos para saber por ellos lo que hubieran podido descubrir; su

(1) Tomamos el presente artículo para que sirva de muestra de la interesante obra titulada la BIBLIA DE ROYAUMONT, HISTORIA DEL
Diciembre de 1854.

regreso se prolongaba demasiado, y creyó que se habían burlado de él, atribuyendo á un desprecio hacia su persona lo que no era mas que una orden del mismo Dios. Se encolerizó, y su rabia se aumentó al saber las maravillas que

ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO, que vamos á publicar, y cuyo prospecto recomendamos de nuevo á la benevolencia de nuestros lectores, en la seguridad de que no tendrán motivos de arrepentirse los que se dignen favorecernos en esta publicación.

TOMO XII. 34

se referían respecto al niño que había sido ofrecido al templo, y por lo tanto descubrió sin rebozo el designio de dar muerte á Jesucristo, designio que había estado disimulando hasta entonces. Resolvió, pues, perder á este niño, á quien ya se le daba el nombre de rey, temiendo que los judíos le reconociesen por su señor y le arrebatase la corona que él había usurpado. Dios, que preveía los funestos arranques de este príncipe, no quiso detenerlos, y prefirió confundir su vana sabiduría haciendo que todos sus proyectos fueran inútiles. Una noche, mientras que San José no pensaba mas que en volver de Jerusalem á Nazareth para permanecer en este último punto, Dios le envió un ángel y le dió orden de tomar al niño y á su madre, porque Herodes se proponía buscarlos por todas partes para perderlos. San José nos presenta en esta ocasion el modelo de una admirable obediencia; pues sin razonar nada acerca de lo que el ángel le decia, tomó al punto á Jesus y á la Santa Virgen, quien tampoco replicó nada, á pesar de lo poco favorable del tiempo y de la hora que los esponia á un penoso viage, para pasar despues á una tierra desconocida y entregada á la idolatría, y sin que el ángel se hubiese dirigido á ella para darle la misma orden. No pensaron, lo mismo el uno que el otro, sino en salvar á Jesucristo del furor de Herodes, y el amor que profesaban á su hijo los obligó á acoger con alegría todo cuanto contribuyese á libertarle de tan grande peligro. Se encaminaban, pues, á Egipto, á aquella tierra enemiga de Dios, para encontrar en ella la seguridad que no encontraban en medio de un pueblo en otro tiempo libertado del yugo de los egipcios por medio de tantos milagros.

Hallándose ya Jesus en completa seguridad, dejó Dios en seguida obrar á Herodes en toda la estension de su furor. Y este príncipe, por una crueldad de la cual se hubieran horrorizado los pueblos mas bárbaros, hizo que pereciesen todos los niños de Bethlem y de los pueblos circunvecinos que tuviesen menos de dos años, á fin de envolver en una ruina comun á aquel, que sin conocerle, le daba ya tanto que recelar. He aquí á lo que se redujo la desgraciada política de este príncipe, que pasaba por uno de los mas grandes talentos de su tiempo. Un niño pobre hizo temblar á este monarca, que empleó inútilmente para perderle toda su destreza y toda su violencia. La persecucion que llevó á cabo contra este niño le hizo verdaderamente deicida, y llegó á ser la imagen de aquellos que quieren ahogar á Jesucristo en las almas, para conservarse una vana gloria entre los hombres. Pero en estas grandes pasiones ejerce Dios sus altos juicios, y castiga á los que le combaten y se declaran tan abiertamente contra él. De este modo se rió de la crueldad de Herodes, y se sirvió de él para hacer eternamente dichosos á los que este tirano queria perder: y en esta degollacion de tantos niños, aquel que se buscaba se salva en medio de tan atroz carnicería. Los malvados hacen daño á los buenos el tiempo que á Dios le place sostenerlos en el poder, y los cristianos deben aprender por estos ejemplos á no mirar mas que á Dios en los hombres, y á considerar su odio ó su amor como medios de que se sirve para la ejecucion de sus órdenes. El mundo entero no puede nada contra lo que Dios ha resuelto hacer. Cuando somos bastante felices para conocer su voluntad, no hay mas que seguirle sin temer nada, y si permite que sucedan males, estos males llegarán á ser nuestro mas grande bien,

así como la crueldad de Herodes llegó á ser ventajosa para sus inocentes victimas, puesto que matando sus cuerpos santificó sus almas, y consagró su memoria en la sucesion de todos los siglos.

GLORIAS DE ESPAÑA.

MUERTE DE ASDRUBAL.

I.

La época de la dominacion cartaginesa en España por los años 219 antes de Jesucristo, no era ciertamente aquella en que con mentidas apariencias procuraban captarse la buena voluntad de los naturales, seduciéndolos con el atractivo de un ventajoso comercio. Era, por el contrario, aquella en que ya depuesta la máscara de amigos con que se disfrazaban, se ofrecían á vista de todos como odiosos conquistadores, y cuando dueños de una gran parte del pais, hacían sentir sobre él todo el peso de su aborrecida dominacion. Su rapacidad y codicia hallábanse entonces escitadas en alto grado por la precision en que estaban de hacer grandes gastos, y procurarse recursos para sostener la guerra con los romanos, que no menos ambiciosos, habían acudido á disputarles el feraz y rico suelo de la península ibérica, tan codiciado siempre por los estraños.

Era entonces general de las armas cartaginesas en España y gobernador de todas las provincias conquistadas, Asdrúbal, que había venido á la península con vivas ansias de vengar la muerte de Amílcar su suegro á quien había sucedido en el mando. Que resolución trajese Asdrúbal de asegurar en España las conquistas de Cartago, lo prueba el ensanche que dió á la ciudad y puerto de Cartagena, así para asegurar la retirada en caso de peligro, como para dominar la costa y abrirse fácil paso á lo interior del pais. Pero los romanos que habían hallado vivas simpatías entre los naturales, cansados de la dominacion cartaginesa, no contentos ya con atajar todo proyecto invasor del lado allá del Ebro, ciñendo y restringiendo las expediciones de Asdrúbal, le enviaron serias embajadas para que se abstuviese de inquietar á determinados pueblos españoles, ya invulnerables en el mero hecho de ser aliados de la república romana. Tanta arrogancia y envidia por una parte y tanta indignacion y codicia por la otra, hacían inevitable la guerra, y para prepararse á ella y para sostenerla con tesón, requería Asdrúbal de nuevo los tesoros de los españoles, activaba con ardor los trabajos de las minas, arrancando á la tierra sus tesoros, y sin que estuviesen libres de su rapacidad las preseas y los vasos de oro y plata que en aquella primitiva época no eran escasos en las habitaciones. Pero estos despojos no podían hacerse sin violencia y sin provocar resistencia, y grande era la cólera de Asdrúbal contra los que juzgaba enemigos secretos, y los que intentaban eludir sus preceptos soberanos.

Un rico y principal ciudadano de Denia, llamado Tago, fue uno de los blancos de la ira de Asdrúbal, sin mas motivo que las riquezas que poseia y el gran prestigio que gozaba entre sus compatriotas á quienes no disimulaba la profunda aversion que tenia á los cartagineses. Viendo Asdrúbal que todas sus intimaciones se estrellaban en la entereza de aquel español, le hizo comparecer á su presencia y le mandó terminantemente le entregase todo cuanto su codicia deseaba.

—No tengo, respondió Tago, esos tesoros que supones, y aun cuando los tuviese, jamás los pondria á disposicion de los enemigos de mi patria.

Llenóse Asdrúbal de cólera al oir estas palabras y se vino hácia Tago con la espada desnuda blandiéndola sobre su cabeza; pero el impertérrito español vió brillar sereno el arma homicida, y dijo á su enemigo con una sonrisa marcada de desden:

—Lástima mas que odio es ya lo que me inspiras.

—¿Por qué?

—Porque tú que pasas por un general valiente é invencible, eres en realidad un cobarde, cuando vienes, rodeado de los tuyos, á acometer con espada en mano á un hombre inerme que sabes muy bien no se puede defender.

Reprimió Asdrúbal su movimiento conociendo que le degradaria el abandonarse á su cólera; pero volviéndose hácia sus soldados, siempre iracundo, les dijo:

—Llevadme al punto á este hombre, y ahorcadle vilmente del primer árbol que encontréis en la campiña.

Escuchó Tago tan bárbaro mandato, sin dar la menor señal de temor, y sin que pensase dirigir inútiles súplicas á su implacable enemigo. Vió con indiferencia los preparativos del suplicio, y marchó sereno á él con las manos atadas á la espalda. Entonces Asdrúbal exclamó:

—Tenia deseos de afrentar á estos altivos españoles, y en tí al fin lo lograré. Así he de ver á todos tus paisanos, humillados y esclavos bajo mi poder.

II.

Fuera de las débiles murallas de Denia y á corta distancia de la poblacion, habia un pequeño bosquecillo que solia servir de sitio de reunion y desahogo á los habitantes, y en aquel favorecido sitio fué donde Asdrúbal quiso hacer aterradora ostentacion de su crueldad, colgando al infeliz Tago de uno de los mas altos árboles, y dando orden espresa para que ninguno fuese osado á recoger el cadáver. Toda vida y movimiento cesó desde entonces en aquel sitio antes tan favorecido, y nadie, aun en medio del día, osaba acercarse á él. Una noche, sin embargo, en que la oscuridad era mas profunda, en la que un silencio de muerte reinaba en aquella soledad inmensa, y en la que solo algunas ráfagas de viento, produciendo fúnebres vibraciones en el ramaje, hacian oscilar de vez en cuando el pendiente cadáver del ajusticiado: en esta noche tenebrosa y en medio de aquel silencio solemne, un punto luminoso brilló de improviso en medio de las densas tinieblas que cubrian la tierra. Aquella luz andaba errante de aquí para allá como un fuego fátuo, despues se sintieron los pasos lentos del que la traia, que de vez en cuando levantaba la luz y la cabeza hácia los árboles, hasta que un grito mal reprimido anunció que habia por fin encontrado lo que buscaba.

El personaje de la luz vestia la túnica corta y grosera de los esclavos, porque lo era en efecto de Tago, y acercándose al cadáver de su amo puso la antorcha en el suelo y le besó los pies, reclinando un momento sobre ellos la cabeza. En seguida, sin cuidarse de los mandatos de Asdrúbal, se asió con una mano de las ramas y con la otra cortó la cuerda del ahorcado, valiéndose de un puñal que consigo llevaba. El cadáver informe cayó al suelo, el esclavo bajó, se inclinó sobre él, apartó los cabellos que caian lacios sobre aquel rostro desfigurado, y se puso á contemplarle con fijeza, cual si quisiera volver al muerto á la vida, cual si esperase que al abrir sus ojos se habian de encontrar con su mirada benévola. Permaneció unos momentos silencioso á vista del cadáver, y las lágrimas de dolor anegaban sus mejillas; mas no fué larga esta tristísima contemplacion: alguna idea repentina cruzó por su mente, alguna inspiracion brotó de su alma, porque sus ojos se volvieron con indecible espresion de rencor hácia un determinado punto de la campiña, y su mano crispada apretó el pomo del puñal que en el cinto llevaba. Despues, como si hubiese formado una resolucion inalterable, levantó el cadáver y fué á depositarle donde el terreno mejor se prestaba para formar una sepultura, la cubrió inmediatamente, y puesto el pie sobre la removida arena, con la completa ilusion de que su amo le oia, pronunció en voz alta estas palabras:

—Si no hay entre tus deudos y amigos quien se atreva á vengar tu muerte, amo querido; si no hay entre los hombres libres de la España quien se atreva á rechazar esa turba de rapaces advenedizos que la insultan y la agovian, yo el esclavo, sí, pero de mi afecto y gratitud hácia tí, levantaré mi frente humillada y abatida, y vengándote á tí, hombre querido, proporcionaré á la España el influjo de la bienhechora libertad.

III.

Habian llegado ya los tiempos en que las dos repúblicas rivales, Roma y Cartago, iban á disputarse con encarnizado teson el apetecido territorio de España. Ya no era posible retardar mas un rompimiento con vanos subterfugios, y ya Asdrúbal habia puesto su bueste en campaña, antes que los romanos recibiesen de Italia los socorros que esperaban. Era su principal conato, si no conquistar toda la península, cosa ya imposible desde que los romanos pusieron en ella el pie, por lo menos dejar bien aseguradas las provincias poseidas por los cartagineses, puesto que la mayor saña de Asdrúbal era contra los españoles rebeldes y contra los que juzgaba en secreta inteligencia con los romanos.

Dirigiase Asdrúbal con sus tropas á Sagunto con ánimo de sitiary rendir á esta ciudad opulenta, la primera que habia hecho alianza con los romanos. Acampadas ya las tropas, se lisongea Asdrúbal en el fondo de su tienda con la esperanza del triunfo, cuando apareció de improviso en ella un personaje á primera vista desconocido, pero que no tardó mucho en anunciarse como el esclavo del desventurado Tago. Ignorábase cómo habia llegado allí aquel hombre, y cómo se habia abierto paso por el cuerpo de guardia de Asdrúbal; pero es lo cierto que este general, sorprendido de su aparicion, le preguntó qué era lo que deseaba.

—Vengo, contestó, á cumplir lo que me habia propuesto ejecutar, despues de muerto mi amo.

Asdrúbal, que todo lo interpretaba á medida de su deseo, se levantó alborozado, y acercándose al esclavo, le dijo con interés.

—¡Ah! comprendo: vas á revelarme al fin dónde se ocultan los tesoros de tu señor,

—Si: yo apagaré de una vez esa insaciable sed de oro que te devora.

—¿De qué suerte? preguntó Asdrúbal acercándose todavía mas al esclavo, que aprovechando aquel movimiento y rápido como un rayo, le clavó en el pecho un agudo puñal que oculto traia entre el puño y la manga de la túnica.

vengar la muerte de su gefe, no quisieron dar muerte al esclavo de improviso, sino que le pusieron á cuestion de tormento, herido y todo como se hallaba de resultas de la refriega, pero aquel hombre indomable sufría sin dar muestras de dolor ni cobardía tan malos tratamientos, mirando con indiferencia y desden á sus verdugos y diciéndoles:

—Venid, cobardes, ahora que no os puedo hacer mal.

Y como los cartagineses redoblasen su saña, él sintiéndose desfallecer, pronunció estas últimas palabras:

—He logrado mi venganza: ahora bien puedo morir.

Salió efectivamente el espíritu indomable de aquel mutilado cuerpo, siendo ya inútiles los esfuerzos de los cartagineses para atormentarle, y parándose á considerar cuán-



Muerte de Asdrúbal.

Cayó Asdrúbal dando un grito lastimero, y tanto que entraron precipitados algunos soldados de la guardia, blandiendo con aire amenazador sus sables sobre la cabeza del esclavo. Rechazó éste con su puñal á los primeros que se acercaron, y se hubiera defendido muy bien á no haberse distraído completamente, viendo á Asdrúbal moribundo revolcarse en su sangre. Se gozaba de tal modo en este espectáculo, que se dejó coger sin resistencia, sin quitar la vista del moribundo, y exclamando con toda la indefinible espresion de la venganza satisfecha:

—¡Ah! ¡tú tambien eres mortal!

Una vez apresado el esclavo, empezó al punto su doloroso suplicio. Los cartagineses con el bárbaro placer de

to tendrian que temer de los españoles, ya declarados como enemigos, cuando el mas abyecto entre ellos habia sido capaz de un hecho tan temerario.

Efectivamente, desde que los españoles fueron desengañándose de la amistad y apartándose de la alianza de los cartagineses, estos no hicieron progresos en la Península, y los romanos vieron abierto dilatado campo á sus conquistas, siendo de lamentar que los naturales del pais, partidarios á su vez, ya de los unos, ya de los otros, solo hiciesen heroicos esfuerzos para ser en último resultado infelices despojos de la ambicion agena.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

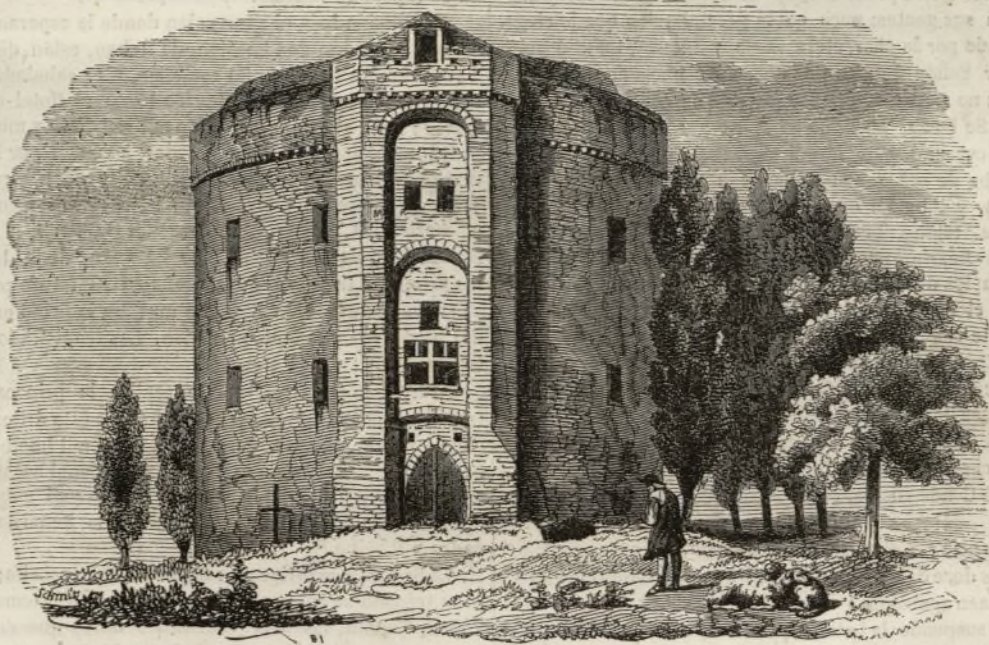
EL RAMO DE PAJA. (1)

(Conclusion).

Durante este tiempo, un testigo, mas lejano de la batalla la examinaba sustentando otros sentimientos. En la cima de la abadía de San Dionisio estaba abierta una lumbrera, y detrás de esta lumbrera un hombre devoraba con la vista la llanura y el ejército real. Este hombre era Felipe de Amalby. Para consolarse de su abatimiento busca el retrato

sea, y portaos como si yo estuviese á vuestra cabeza. El oficial parte con la respuesta.

Sigamos á los ejércitos en el campo de batalla. Las fuerzas de Condé son inferiores á las de Turena. Sin embargo, Altomar ha sostenido su palabra, trayendo, ademas de los valores, seis mil voluntarios parisienses, con municiones y víveres para dos dias. Dueño la víspera del puente de San Cloud el príncipe Luis, ha debido dejar esta posicion delante de la Ferté, para no quedar entre dos fuegos, y se ha establecido detrás de Charenton, que espera ganar. Tavanne manda su vanguardia, y el duque de Nemours su



Fortaleza donde la Señorita recibió á Condé despues de la batalla de San Antonio.

de Luisa en su pecho, y se encuentra sin el medallon. En este momento se abre su puerta con estrépito, y entra el duque de Chaulnes, oficial de Turena, que le anuncia de parte de Mazarino, que su regimiento se insurrecciona y se niega á obedecer á Mancini; y que el cardenal le hace responsable de este crimen de alta traicion. Al punto dirigió á sus lugar-tenientes esta órden sublime: «Ea nombre de la santa causa del rey, pensad que pertenecéis á Luis XIV y no á mí. Seguid al combate á mi sucesor, cualquiera que

(1) Véanse los números 4.º 5.º, 6.º, 7.º, 8.º, 9.º, 10 y 11 de este año.

centro; Cárlos de Lorena forma la reserva con sus soldados escogidos, pues el grueso de su ejército no ha podido aun pasar el Sena. El mismo Condé se ha reservado la retaguardia á fin de sostener el primer choque de Turena. Entre los bagages, para formar mayor número y para facilitar la entrada en París, ha colocado á los regimientos de la Cité y las amazonas, donde están Teresa y Petra con las mariscales de Fiesque y de Frontenac, y la mitad de los voluntarios de Altomar. Este con otra mitad ha obtenido el honor de marchar al lado de su general.

Un ataque imprevisto de Turena, deteniendo á Condé en

el camino de Charenton le obliga á ponerse delante de la puerta de San Antonio, en las trincheras levantadas por los ciudadanos á lo largo del barrio... Condé se fortifica allí con barricadas, y convierte las casas en ciudadelas y le ayudan en su empresa Nemours, Vallon, Tavanne, Larrochefoucauld, sus amigos y Altomar. Audaz, pero admirable combinación, que coloca al ejército frondista entre la victoria y la muerte.

Una rivalidad digna de esta guerra abre la batalla. Contentidos en vano por el juicioso Turena, que queria asaltar á un tiempo los tres puertos del enemigo, Mancini y sus compañeros de armas cargan, pues, á Tavanne con furor, quitan las barricadas de la calle de Charonne, y atacan á los mosqueteros de Condé hasta en las casas.... El combate se divide en cien duels cuerpo á cuerpo, en cada piso y en cada pieza. Saint-Megrin penetra hasta el mercado, cerca de la puerta donde se halla el príncipe Luis. Mancini y Bambouillet se unen con el ejército de Amalby; Condé saca su espada y grita:

—¡Altomar, esta es la ocasión!

Altomar no tenia necesidad de esta llamada... Acaba de distinguir á cien pasos el color de Amalby y á Amalby mismo con sus gentes; pues en la precipitación que le ciega, alucinado por la charretera verde y blanca, toma á Mancini por Felipe, á quien no habia visto hacia cuatro años y á quien no puede suponer mas que á la cabeza de sus soldados. Se lanza, pues, como el rayo con Condé y en un abrir y cerrar de ojos, frondistas y realistas no son mas que una nube de polvo. Condé riñe con Saint-Megrin y Rambouillet, y Altomar cruza el acero con Mancini. Algunos minutos despues el campo aparece cubierto de cadáveres, y Saint-Megrin, Rambouillet y Mancini espiran mordiéndose la tierra; los dos primeros heridos por el príncipe, y el último por el baron que cree siempre haber muerto á Felipe; pero esta victoria no le basta, necesita los despojos de su rival. Empéñase un nuevo combate sobre el cadáver entre los vencedores y los vencidos; pero estos por un prodigio de audacia se llevaron á su jefe muerto en la retirada. Altomar iba ya á tomar una de las barricadas cogidas por los enemigos, cuando aparece un gefe con nuevas fuerzas, y diciendo á Condé mismo, como Dios al Océano:—¡No irás mas allá!

Este gefe era el mariscal de Turena.

A las doce del día el calor llega á ser sofocante; los guerreros caen agobiados y empapados en sudor... Una tregua forzosa suspende la batalla; poco despues comienza la acción, y llegan refuerzos para los dos ejércitos. Por una parte viene Beaufort con una multitud de voluntarios parisianeses; por otra La Ferté que se une á Turena con su artillería. Condé no puede ya vencer sino por un milagro. La victoria puede decirse que fué de Turena.

XXIV.

LA SEÑORITA DE MONTPENSIER.

Al principio de la batalla, Gaston, haciéndose el enfermo para dispensarse de montar á caballo se habia encerrado en su palacio. Allí le habia ofrecido un nuevo escudo el cardenal de Retz. En vano la Señorita, que esperaba de

esta jornada la mano de Luis XIV y la lugartenencia del reino para su padre, le probó que arriesgaba lo uno y lo otro con su neutralidad. Nada pudo decidirle á comprometerse. Permaneció sordo y mudo hasta el anuncio de la llegada de La Ferté, y del inminente desastre de los frondistas.... Entonces los mensajes del príncipe se convirtieron en amenazas. Las gentes de Beaufort sitiaron el palacio con vociferaciones. La Señorita volvió á la carga, y demostró á su padre que iba á ponerse entre los dos partidos. En una palabra, Gaston perplejo, fuera de sí, toma la pluma que le presentaba su hija, y firmó, no una orden personal, sino un papel blanco.

—Gracias, padre mio, exclamó la Señorita; este pedazo de papel será mi contrato de reina de Francia.

Al punto corre á su aposento y se viste de guerrera: una sola insignia faltaba á su traje: el ramo de paja en el sombrero. Abre un cajon y toma los restos de un ramo disecado, verdadero ramo de paja hoy, pero flores encantadoras en otro tiempo cuando ella las presentaba á Luis XIV.

Le contempla, le oprime contra su corazon y contra sus labios; despues le ata á la cinta del sombrero y se mira en su espejo de Venecia.

En seguida baja al gran salon donde la esperan madamas de Nemours, de Chatillon, de Rohan, están dispuestas á seguirla. Monta á caballo con ellas, y es saludada con los gritos de la multitud, y llevada hasta el Hotel-de-Ville. Cuando llega allí, mas de veinte mil hombres y mugeres la rodean; la Señorita arenga á todos; animada por las aclamaciones penetra en la sala del Hotel, y encuentra allí al preboste Laferone, á muchos oficiales civiles y coroneles, al mariscal L' Hospital, gobernador de Paris, al inválido Broussel y á su hija Teresa, que ha vuelto de la batalla á los primeros tiros, y que ya sueña en su futuro palacio y en su traje de gala. La Señorita muestra la firma en blanco del tío del rey y dirige su petición. Los magistrados resisten, y sobre todo L' Hospital.

—Tened cuidado, señores, le replica la princesa, mostrando la multitud exaltada, si no firmáis esta orden de recibir á Condé y á sus tropas, hay veinte mil hombres que os harán firmar por fuerza. En fin, el tribunal asustado firmó la orden á los coroneles de las milicias y al gobernador de la Bastilla «de obedecer en todo á la Señorita y á su padre.»

La Señorita se dirige á la Bastilla con su escolta; durante su tránsito se encuentra á Rochefoucauld, Nemours, de Vallon, Guitant, los mas valientes señores que conducen muertos ó moribundos. Larochefoucauld, sostenido por dos hombres muestra sus heridas al pueblo jurando salvar á Condé.

—¡Nosotros vamos allá! le gritan la princesa y su séquito. La princesa llega á la Bastilla, desde donde pasa á abrir la puerta de San Antonio. La guardaban algunos milicianos, pero ella muestra sus órdenes y se hace obedecer. En seguida sube á la ciudadela, intimida al gobernador como á los demas, y viéndole titubear en sacar su ejército real se pone ella misma detrás de un cañon apuntando á la vanguardia del mariscal, coge la mecha y dispara; derriba la primera fila de los vencedores, y salva de este modo á los príncipes.

Mientras que el fuego continúa por orden suya vuelve á la puerta de San Antonio, se asegura de que está libre el

paso para los frondistas, lanza en su socorro dos mil soldados de la milicia, dirige á los otros con la multitud sobre los baluartes, y manda al príncipe Luis á una fortaleza inmediata, cuya fachada se conservaba aun en el último siglo.

Condé, que mira lo que pasa como un sueño, acude á donde estaba la Señorita, y se dan las manos. Manda al príncipe que descanse; pero Condé se levanta:

—¡Abandonar á mis valientes! ¡jamás! quiero que su retirada sea una victoria, y seré el último que entre en París.

Por fin, se separan; y el ejército vencedor entra en París. Mientras tanto Luis XIV y su corte que habían visto perder la victoria cuando mas segura la creían, bajaban furiosos y confusos de las alturas de Charonne, desde donde volvian á tomar silenciosos el camino de San Dionisio en lugar del de su capital entregada á los frondistas.

XXV.

¿DE QUIEN ES LA VICTORIA?

¿Por quién quedará el éxito de esta jornada dudosa, en que cada partido, vencedor y batido, parece humillado por el otro? ¿Pertenece á la habilidad de Mazarino, al valor del príncipe Luis, al egoísmo del duque de Orleans ó á las pretensiones de la señorita de Montpensier?

Deboile-Altomar, despues de haber dado órdenes misteriosas á sus soldados, las da mas misteriosas aun á sus aliados, reunidos por Dubosq. Luego volviendo á Luxemburgo puesta la mano sobre la espada que cree ha dado la muerte á Amalby, y la otra sobre el medallon de la *bella Joconda*, imagen de la única conquista que le falta:

—¡Desgraciados, esclama, aquellos que me han quitado mi presa! ¿Dónde encontraré á la encantadora viuda? añadesubiendo la escalera del palacio.

Y resuelto á hacer hablar al espía, su cautivo se dirige á la prision donde le ha encerrado. Pero al llegar á la puerta sabe por boca de los guardias, que dándose por enviado de su parte, y engañando á todos con el medallon sagrado un aldeanillo desconocido ha hecho fugarse al page disfrazado.

—¡Miserables! exclamó Altomar echando mano á sus pistolas.

Pero una voz que salió del aposento exclamando:

—¡Perdonad á los inocentes! detiene su cólera. Entra en la prision y reconoce á la que juzgaba perdida, á Luisa Boucherat, á la condesa de Amalby en persona.

Pero en el momento en que la contempla con embriaguez, observa que saca un puñal de su seno.

—Ah, señora, le dice una voz suplicante, ¿creeis que yo amenace vuestra vida?

—No es mi vida la que yo defiendo, le responde con orgullo.

Altomar á estas nobles palabras mide con despecho el abismo que le descubren.

—¿Quién os ha traído aquí, y os ha puesto en mi poder?

—Yo misma: me habeis atacado por la traicion y acepto el combate... he tomado vuestras armas y os he vencido.

—Desde que os he visto reinais sobre mí y soy vuestro esclavo.

—No os comprendo, caballero... y vos vais á comprenderme. Mi marido, gracias á vos, estaba desarmado y cautivo; necesitaba para devolverle su espada el testimonio del hombre que aprisionábais aquí. Os he arrebatado á ese hombre y he libertado al conde. Ya veis que os he vencido y tambien mi marido por su parte, pues Felipe de Amalby se habrá encontrado al lado de Turena, y leo en vuestros ojos turbados que han batido á la Fronda, y abierto las puertas de París á Luis XIV.

Una amarga sonrisa del baron destruyó la esperanza de la condesa.

—¿No respondeis?

—No quiero destruir vuestras ilusiones.

—Hablad; tengo valor para todo, exclamó Luisa que echa mano á su puñal.

—El rey es vencido, y Condé ha entrado en París.

—Eso no es posible.

El baron abrió las ventanas y Luisa vió á los soldados del príncipe Luis entonando cantos de victoria. Luego se echó á los pies de la condesa añadiendo:

—Yo; señora, despues de haber hecho retroceder á Turena y entregado la capital á los frondistas, me arrojo á vuestros pies ofreciándoos el premio de mi victoria.

—Vos sois Guillermo Deboile; yo no me habia engañado; sois un rebelde, un enemigo del rey; un impostor que me refiere una victoria imaginaria. Atrás, caballero, quiero mas bien los hierros de la tortura que semejante afrenta; yo os desprecio.

Altomar se levanta pálido y lleno de rabia.

—Vos lo quereis, fuerza es decirlo todo. Sois la prisionera del baron de Altomar.

Y sacando la banda de Amalby verde y blanca, que habia arrancado ensangrentada al cadáver de Mancini, la presenta á Luisa que la reconoce, la abraza lanzando un grito agudo y cae desmayada.

—¡Héla al fin sumisa! esclama Altomar contemplándola á sus pies. En seguida dispuso que la llevasen al pabellon donde antes habia estado, y allí la deja en medio de los mas atentos cuidados. Luego escribió estas palabras á Dubos-Montandré:

—*Mañana la partida de honor! Gran consejo al rayar el día, y todo el mundo al Hotel de Ville.*

XXVI.

LOS TRES CONSEJOS.

El día despues de la batalla, al rayar el día, se celebraban tres consejos casi á un mismo tiempo. El consejo del rey en San Dionisio, el consejo de los príncipes en Luxemburgo, y el consejo de Altomar en la Cité.

El consejo del rey fué triste y abatido; pero mientras discutian en los tres consejos, se reconoce la inocencia de Amalby, y el page y el conde buscan medios estratégicos de arrebatarse á la condesa de Luxemburgo; acontecimiento fué este que desconcertó á Altomar cuando lo supo, y mas todavía cuando se desengañó de que no habia dado muerte al príncipe.

Turena y Amalby pelearon juntos y triunfó la causa del rey.

—Magestades y eminencia, dijo simplemente, he aquí al salvador de la monarquía y al vengador de Mancini.



Deboile disfrazado de fraile, en los franciscanos de Quimper.

Pasado algun tiempo, Turena presentaba al rey, á la reina y al cardenal á Felipe de Amalby y á su familia.

Se adivina la acogida que recibió de todos el vencedor. Cuando se inclinaba para besar la mano del rey, Luis XIV

le hizo un honor que no concedía mas que á los príncipes; le abrazó, Ana de Austria dió un taburete á la condesa y le puso en el cuello su propio collar de perlas.

Boucherat se creyó el hombre mas feliz del mundo.

Felipe dió el golpe de muerte á la Fronda, en el mismo instante en que iba á traerle la monarquía. Ninguno le sintió tanto como Condé, la Señorita, Gaston y Seguiet, reunidos en Luxemburgo despues del último desastre. Separados irrevocablemente de Carlos de Lorena, no les quedaba mas que un débil ejército sin disciplina, y en vez de rechazar á Turena con fuerzas superiores, se veían reducidos á defenderse en París con el pueblo y el Parlamento;

del chagal, se dirige á acechar á Amalby por el lado de Villeneuve-Saint-Georges.

Informado el conde de su aproximacion, pregunta cuantos soldados trae.

—Unos mil hombres, le dicen.

—Entonces, contesta con desden, necesito trescientos hombres. Y se lanza con ellos delante de Deboile. Este fué vencido. El dia despues de esta refriega, el rey y la reina acompañados de toda la corte, donde brillaban Maria Mancini y la condesa de Amalby á la cabeza de tres mil hombres, dejaron á San German para entrar en París.

Algunas semanas despues, Deboile fué degradado públicamente en la plaza de París, y ocho dias despues, al po-



Deboile y Dubosq disfrazados, se embarcan en Normandía.

tristes é inconstantes aliados que les quitaba ya la reacción prevista por Mazarino.

En primer lugar lanzaron quejas amargas sobre el atentado del Hotel de Ville y sobre el desencadenamiento del pueblo que amenazaba un saqueo universal.

Una porción de gentes notables abandonaron el volcan parisien. Mazarino publicó la convocacion del parlamento en Pontoise. Proclamada y fijada al rayar el dia, á pesar de los esfuerzos de los príncipes, produce la emigracion de la tercera parte de los magistrados.

En cuanto á Deboile, sostiene su último juramento; reune con Dubosq en sus últimas bandas, á todos aquellos que no pueden esperar una amnistia, y con la audacia nocturna

verse el sol, un mercader griego y un marino turco se embarcaban en la costa de Normandía; pero en lugar de partir para Oriente se habían dirigido á la Baja Bretaña; sus mantos y sus turbantes llegaron á ser sospechosos y se separaron cambiando de trage. Eran Deboile y Dubosq. De refugio en refugio, con un trage de fraile llegaron á las ruinas de los franciscanos de Quimper.

Todos los personajes de la Fronda desaparecieron como por encanto.

La condesa de Amalby fué nombrada dama de honor de la esposa de Luis XIV, Maria Teresa, y Felipe coronel general de sus mosqueteros.

P. CHEVALIER,

ZAIMA.

LEYENDA.

(Conclusion.)

IX.

Pasado mucho tiempo de la prision de Aben-Muley, Zoraida con algunos criados de los que no habian huido del peligro pasado, entraron en la habitacion de Zaima y hallaron á la jóven aun desmayada, lleváronla á su lecho, y merced á los cuidados de la buena anciana, Zaima volvió en sí y bien pronto preguntó por su padre; tranquilizáronla con algunas promesas de poderle salvar y la impidieron levantarse como anhelaba; Zoraida deseosa de distraer á su señora, la recordó la carta de Alfonso y aquel nombre le hizo pensar en las promesas y juramentos del cristiano, él únicamente podia salvarla de los peligros que la rodeaban, le amaba y no era posible pusiese en duda su valor, tan feliz recuerdo la animó algun tanto, y pidió á Zoraida el cofre de ébano, ésta lo trajo y Zaima leyó el pergamino que así decia:

«Un medio fácil se me ha presentado de escribiros, y una esperanza sostiene mi decidido corazon, ¿habeis leído el libro que os dió Alfonso?... ignoro, por qué, me figuro que sí, y os envío esa joya de mi querida madre, es un rosario cuyas cuentas pasareis rezando en cada una la oracion que habeis leído y aprendido quizá en el capítulo sexto del Nuevo Testamento; ¡es tan poética! ¡os habrá agradado tanto!... ¡no es cierto que nada hay tan hermoso en vuestros ritos y oraciones? medita sobre ella, estudiad sus palabras, su filosofía, el conocimiento de nuestras flaquezas, y estoy seguro que llorareis al conocer su valor... Si sois cristiana escuchad un momento al que os ama, piensa en vos á cada momento, y anhela el instante de llamaros su esposa. No habeis olvidado las espresiones que os dije la noche que nos separaron, espresiones que repito como entonces porque fueron, son y serán las que me dicta el corazon: nada temais el día en que la ciudad sea nuestra, yo os salvaré y á vuestro padre; la reina ha sabido mi cariño hácia vos, y me ha prometido su proteccion; Isabel la Católica es tan buena que ningun mal causará á los vuestros.

«El mensagero de esta carta hará venir á mis manos la contestacion que merezca de vos, y en ella no creo olvidareis, que quien la desea es quien mas os ama en la tierra y os promete su brazo como su corazon,

«Alfonso, conde de Guadix.»

Luego que Zaima leyó esta carta, que parecia responder á sus deseos, se levantó y escribió otra, mandando llamar al mensagero de la primera; la carta de Zaima decia así:

«El corazon de Zaima es cristiano, la lectura del libro que me disteis fué un bálsamo para él, y abrióse cual la rosa con el rocío de la aurora; vuestra carta la he leído conmovida, y viendo siempre al libertador, generoso, noble y desinteresado de mi padre: este anciano á quien ignoro si amo mas que á vos, está en peligro, corred á salvarle, su muerte cubriría de luto un porvenir de rosas, de caricias y

amor, no tardeis en llegar; aqui encontrareis el premio de vuestra constancia, vuestro valor y el cariño que profesais á «Zaima.»

Aguardó algunos instantes y entró Zoraida con un hombre á quien Zaima preguntó:

—¿Tú has traído este cofre?

El preguntado se inclinó profundamente.

—¿Cómo ha venido á tus manos? dijo Zaima

—Señora, hace poco que mi amo Bulcain-Mulch, fué comisionado para tratar con los cristianos algunos asuntos de Boabdil, y fuimos á los reales de nuestros enemigos, donde entre los amigos de Gonzalo Fernandez de Córdoba venia uno que me llamó y preguntó por vos.

—¿Y tú que le dijiste?

—Señora, que no os habia visto nunca; regalóme algun dinero, hizo promesa de librarme de los males que á los míos pudiese acaecer, y me dió con esas condiciones el cofre que os he dado, añadiendo que todas las noches esperaria al pié de la muralla del Norte la contestacion.

—Pues bien, toma esa caja y dala al dueño de la otra que trajiste.

El esclavo tomó de manos de Zoraida una pequeña caja y algunas monedas y salió de la estancia de Zaima.

La jóven luego que se quedó sola volvió á leer la carta de Alfonso, reconoció el rosario, buscó la oracion que el conde la decia, y postrándose de rodillas la pronunciaron sus labios con tanta devocion y recogimiento que bien cumplia con el mandato de Dios que dice:

«Cuando orares entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora á tu padre en secreto; y tu padre que ve en lo secreto, te recompensará.»

Después de haber rezado se levantó tranquila; su corazon tenia una confianza grande en la salvacion de su padre; parecia como que una secreta voz le decia:—Has orado al Dios de los cristianos y tu padre no morirá—llamó á Zoraida y la dijo:

—Deseo ver á Boabdil y pedir por mi padre.

—Señora, ¿y si acaso no os atiende?...

—Entonces el Dios de Alfonso le salvará. Salgamos.

Zaima con efecto se dirigió al palacio de Boabdil que rodeado de sus consejeros y amigos, la cabeza inclinada y los ojos fijos meditaba al parecer profundamente, pero su pensamiento vaga errante por los recuerdos de su vida, y los presentimientos del porvenir; aquel rey indolente veia pasar por delante de sí uno tras otro los recuerdos de su vida, los placeres, los triunfos, los amores de su existencia, y cada uno llevaba una lágrima de amargura y pesar; el palacio de los festines, de las orgías y los placeres estaba silencioso entonces, y aquella trasformacion demostraba la facilidad con que se cambian las cosas humanas.

X.

Era la noche del día 31 de diciembre; Granada iba á ser dueña de los cristianos á la mañana siguiente, y la hermosa ciudad era teatro de las mas terribles escenas; sus calles y plazas estaban desiertas, pero en el interior de las casas, en el santuario de las familias todo era movimiento, lágrimas y desesperacion.

Mil revoluciones estallaron antes, y terminaron con la causada por Aben-Muley; Boabdil temeroso de nuevos con-

flitos había escrito al rey Fernando se apresurase á tomar la ciudad, y sus habitantes á tan terrible noticia arrojan las armas y corren en busca de sus hijos y mugeres, sus tesoros, las prendas de su predileccion; cada uno revela sus sentimientos, su carácter, en aquel momento solemne.

Mientras el padre de Zaima contempla desde la ventana mas alta de las prisiones de estado la ciudad, y aunque habian pasado pocos dias desde su prision, estaba flaco, estenuado, pálido; las mejillas encendidas, la piel morena, árida y callosa, la nariz de un rojo subido, la fisonomía fija é inmóvil, y los músculos de la cara en un estado de tension convulsiva que revela el terror y la tristeza, las manos secas, la mirada inquieta, oblicua y sospechosa, todo en fin demostraba el estado de su cabeza.

A una edad avanzada, dedicado al estudio desde sus primeros años, amante de su patria y fiel á las tradiciones de sus mayores se veia encerrado en una prision por haber gritado al pueblo ¡mueran los tiranos! ¡viva la libertad!... gritos que jamás dió el servilismo, que siempre salieron del corazon y fueron castigados sin justicia, razon ni ley; desde su venida de Granada, y luego que comprendió las desgracias que amenazaban á su pueblo, una sola idea dominó su cabeza; recordó aquellas ciudades heroicas donde tantos hombres fueron santificados como mártires en las llamas del honor, y quiso que Granada fuese como Numancia y Sagunto; salió del palacio de Boabdil, reunió los ancianos y jóvenes de la ciudad, les aconsejó defendiesen su religion y libertad, les animó á tomar las armas por el único motivo justo de la guerra, y conspiró desde entonces con toda su influencia y poder; la desgracia destruyó sus planes, un levantamiento general dura solo unas pocas horas de la noche y algunas palabras del rey bastan á contener los ánimos de un pueblo sin corazon, dividido por la guerra civil y por consecuencia próximo á su ruina; no le resta otro medio que salir por las plazas y las calles y es cogido al poco tiempo; se defiende, llega á su casa, y en el cuarto de su hija, de la criatura que mas ama en la tierra, entrega su espada, abandona aquel pedazo de su alma, y sin consideracion á su edad, su posicion, su nombre, es encerrado en una sucia morada malsana, estrecha, con un tajo en uno de sus extremos enrojecido por la sangre de muchas víctimas sacrificadas en el silencio y el misterio que tanto repugna á la justicia, una angosta ventana con fuertes rejillas y una puerta cubierta de hierro; estos sucesos llegan á trastornar su razon y las señales de la lipemania marcadas en su rostro dominan su cabeza y su corazon: creíase enviado por el Profeta al salvar la raza árabe.

Esta horrible enfermedad que nace casi en la civilizacion de los pueblos varia en sus síntomas y de funesto término, es muy general, muy frecuente; por desgracia tiene su origen en muchas causas que los gobiernos están llamados á evitar, y cuya gran responsabilidad no llenan todos cual debieran; las cárceles, esas tumbas de los seres que viven, guardan en sus oscuros rincones miles de hombres inocentes que despues de muchas pruebas logran su libertad, pero pierden su razon dejándola en aquellos tristes lugares descuidados, olvidados criminalmente. La falta de educacion y el abuso de ciertas creencias dieron origen al fanatismo, y éste dió origen á la demonomania; si las sociedades modernas cuentan menos casos de esta enfermedad, tambien aumentando las pasiones, los errores, las

ideas estremadas, frecuentando los rencores personales, las ambiciones, han dado mayor número de monomaniacos á los no menos olvidados sitios, donde esos desgraciados van á buscar la muerte, y muy pocas veces su difícil curacion.

El padre de Zaima, pues, naturalmente debilitado por tantos contratiempos y llevado á aquel sitio, terminó en un estado tal, que el frio, la lluvia, el viento, la noche, el menor ruido le hacia estremecer de dolor, ó aterrado retirarse del sitio en que se encontraba; las manos y los pies bañados en sudor, su cuerpo frio, helado, no daba lugar á la transpiracion; su pensamiento, ocupado en una sola idea, era insensible á otros recuerdos; y en este estado se encontraba cuando se oyeron descorrer los cerrojos de las puertas de la prision, y aparecieron en ella el carcelero y otro hombre de elevada estatura.

Aben-Muley levantó su cabeza, y saliendo de sus meditaciones por un momento, fuera de su delirio entonces parecia, como casi todos los que padecen su enfermedad, tranquilo y en un completo estado de razon; los recién llegados se acercaron á él, y el hombre alto le preguntó:

—Anciano, nuestro rey Boabdil me manda leer tu sentencia, si antes no prometes renunciar á tus planes é ideas, en cuyo caso serás perdonado.

—Dí al rey que la mision que me dió el Profeta no la he cumplido aun, contestó Aben-Muley, partiendo siempre del principio de su demencia.

—Reparad que vuestra vida... exclamó el alto.

—No pertenece á nadie, replicó el anciano; Boabdil entregará la ciudad con su firma; pero Granada no será ciudad mucho tiempo, sino un monton de ruinas, y ¡ay! del que antes no crea mis palabras; yo, yo mismo con una tea encenderé mi palacio, mis riquezas, mis bienes, mi hija... las llamas devorarán muy pronto toda la ciudad, y sus habitantes, salvado su honor, morirán para ser libres y gozar las delicias prometidas por el Profeta.

El carcelero y el otro hombre nada de cuanto el anciano decia les era fácil entender; mirábanse el uno al otro, y al fin dijo el primero al segundo:

—Me figuro que el preso no tiene ganas de salir de aqui, leedle su sentencia y marchémonos.

—Teneis razon, contestó el segundo, y desarrollando un pergamino leyó lo siguiente:

«Se condena á Aben-Muley, consejero de Boabdil, como perturbador del orden, en tan triste y lamentable situacion para la ciudad de Granada, á la última pena ejecutada en su misma prision.»

Aben-Muley escuchó esta lectura y dió una carcajada á concluirse, exclamando:

—¡Los reyes jamás creen ser fácil la pérdida de su poder!... ¡Las ilusiones del mando no se destierran nunca del corazon hasta la ruina! ¡pobres reyes! ¡pobres reyes!

Los dos hombres salieron de la prision, y Aben-Muley dirigiéndose á la ventana y con una febril exaltacion, dijo:

—Desgraciada ciudad! ¡Pobre hija del Profeta! ¡Adios!... las llamas consumirán muy pronto tus palacios, tus jardines, tu Alhambra, tus mezquitas, tus sitios de delicias, de amores y placeres!... ¡y yo mismo pondré el fuego á tantas riquezas! ¡Adios, ciudad hermosa, adios!

Dirigióse luego á un banquillo, sentóse en él, y apoyando su cabeza en sus manos quedó inmóvil como la estatua del silencio y el dolor.

XI.

Luego que Zaima se dirigió al palacio de Boabdil, la aurora del nuevo día iluminó la ciudad de Granada; difícil fué á la jóven ver al monarca, pues su padre al caer de la gracia del soberano perdió, como acontece siempre, su prestigio y consideracion en la corte; empero no faltó uno de los consejeros, que fiel á la amistad de Aben-Muley, introdujo á Zaima á la presencia del rey; éste, á quien al final del número IX dejamos abismado en profundas meditaciones, recibió á la jóven aun como soberano de un pueblo obediente y fanático por el monarca; escuchó la súplica de Zaima, é irritado por la conducta de un hombre á quien habia querido mucho, no se conmovió á las lágrimas, los sollozos de la hermosa jóven; esta salió de la cámara desairada y aterrada por la suerte de su anciano padre: el mismo que la habia introducido á la presencia de Boabdil, quiso enterarse por sí de la negativa del rey, y suplicó á la jóven aguardarse aun algunos instantes, habló al monarca, interesóse en la causa de su antiguo amigo, y logró de Boabdil la gracia que sabemos, y que confiaba aun podia salvarle, pues esperaba que el anciano conspirador, vencido y preso, renunciase á sus miras; tambien Zaima y el amigo de su padre confiaron en este medio de salvacion, y la jóven pidió una licencia para ver á su padre y disuadirle en caso que obstinado se empeñase en no arrojarse al medio que se le ofrecia para salvarle.

En estas pretensiones pasóse el día 31 de diciembre, y á poco de haber leído su sentencia á Aben-Muley, Zaima se presentó en la prision de Estado con la orden dada para permitirle ver á su padre; vista por la persona encargada de hacerla entrar en la prision, fué acompañada á ella, y á los pocos momentos se hallaba en brazos de su anciano padre; éste en medio de su triste situacion no conoció en un principio á su hija, pero despues su presencia hizo renacer en él los sentimientos de la naturaleza, y aquel violento sacudimiento volvió á su cabeza la razon por algunos instantes.

—¿Quién perturba mis meditaciones? exclamó luego que sintió correrse los cerrojos y abrirse la puerta de su prision: y Zaima se precipitó en sus brazos, diciéndole:

—¡Vuestra hija!...

—¿Cómo! ¿quién me abraza? ¿qué decís?

—Que soy vuestra hija, vuestra hija, que deseaba veros, abrazaros...

—¿Mi hija decís?... ¡mi hija!...

Aben-Muley aun no habia reconocido á Zaima; su voz, sus brazos, el nombre de hija pronunciado repetidas veces, la fisonomia de la jóven iluminada por la luz que el carcelero dejó en la prision antes de ausentarse, fué recorriendo el velo que cubria su inteligencia, y antes que Zaima notase el estado de su padre, este contestó abrazándola:

—¡Mi hija! ¡es verdad, mi hija! ¡Zaima!

—Yo soy, padre mio, yo, contestó la jóven, yo, que deseaba venir á veros, á consolaros en vuestra triste situacion.

—¿Cuánto has tardado!

—¿Me esperabais?

—¡Ah! si ¿cuándo un padre no espera en la desgracia á sus buenos hijos? y tú siempre lo fuiste, Zaima.

—No fué culpa mia, padre, si antes no cumplí con lo que

deseaba mi corazon y exigia mi deber; quise antes de venir saber la suerte que os esperaba, y si esa era contraria salvaros.

—¿Para qué? ¿Tú ignoras que mi suerte está en manos del Profeta, y no en la de ningun soberano de la tierra?...

—Os engañais, padre mio; Boabdil es aun el rey de Granada, y puede haceros pagar con la vida el delito de que os acusan.

—¡Con la vida! ¡ja, ja, ja!...

—¡Me admira que os riáis así! exclamó Zaima asustada por la carcajada de su padre.

—¡Con la vida!... continuó éste ¿con la vida? antes de eso yo mismo pondré fuego á su palacio, arderán sus riquezas y él verá caer de sus manos un cetro que no han podido sostener.

—Eso es imposible, padre, aqui encerrado no os es fácil realizar un plan tan terrible.

—Yo saldré de aqui muy presto.

—Padre, es preciso que no os oculte nada; vuestra existencia se halla en peligro, amenazada por una sentencia de muerte, y es necesario contesteis al que os la lea que habeis comprendido la enormidad de vuestro delito y prometis no conspirar nunca.

—Eso no puede ser ya, ni hubiera sido antes.

—Pues...

—Se me ha leído esa sentencia y me he reído como ahora; todos desoyen mi voz, porque ninguno cree verse aludido en mis palabras cuando corriendo por las calles y plazas les he gritado ¡cobardes, á las armas! Cuando un rey vende su pueblo, el pueblo tiene derecho de hacer rodar la cabeza del miserable; el homicidio; no en este caso es un crimen, pero si recoge lo que es suyo, no roba, no usurpa un derecho ajeno, toma tan solo del suelo una corona que le pertenece, y que sienta mejor en su cabeza que en la de aquel que no supo agradecer y premiar el beneficio de su concesion.

—Pero padre mio, reparad que aunque tengais razon es preciso por vuestro bien callar.

—¡Por mi bien! el mayor bien del hombre en la tierra es el honor; las cárceles, el tormento, la muerte, no deben nunca tapar la boca del que piensa con rectitud.

Zaima llegó á adivinar el estado de su padre, y poco la faltó para caer desfallecida de dolor: veia no tener remedio la ejecucion de su condena, y comenzó á llorar; Aben-Muley que vió suspirar, derramar lágrimas á su hija, volvió en sí de su pasada exaltacion, y haciéndola sentar en sus rodillas la dijo cariñosamente:

—No llores, hija mia, confia como yo en las promesas del cielo, y no dudes que él me manda para salvar de la ignominia al pueblo árabe.

—Padre mio, eso no es mas que un delirio, si no me obedeceis, si no hacéis lo que os digo vais á morir esta misma noche.

—Te repito que no es posible comprender el misterio que me hace asegurarte que no moriré.

La hija no quiso insistir mas, y confiando aun en el Dios de Alfonso, empezó á hablar á su padre de cuanto en su ausencia le habia pasado; al llegar á la carta del conde dudó por algunos instantes, pero al fin confió á su padre aquel recuerdo del jóven que le habia salvado en Sevilla; Aben-

Muley sintió en medio de su demencia con mayor fuerza sobre su corazón el peso de los recuerdos, y comprendió que su hija amaba al cristiano; lazos muy estrechos le unían al conde, pero odiando tanto á los enemigos de su raza no pudo escuchar tranquilo la confesion de su hija; reprendió su credulidad, su imposibilidad de ser del cristiano, y ella que deseaba aquella ocasion para revelar á su padre el secreto de su amor, su fé, sus nuevas creencias, le habló con tal energia, que muy interesante fué la lucha entre el padre y la hija.

Pasóse gran parte de la noche en ella, y de pronto una palabra sacó á nuestros personajes de su situacion. «¡Preparaos!» dijo un hombre de siniestro aspecto, que en la prision habia entrado sin ser visto, y á estas palabras, Aben-Muley y Zaima se estremecieron de espanto, la realidad volvió de nuevo á su vista, y el primero levantándose y preocupado con sus anteriores desvarios, dijo al verdugo:

—¡Hombre desgraciado! retírate y no insultes con tu presencia las canas de un hombre á quien el Profeta guarda.

—La órden que se me ha dado me obliga á permanecer aqui, y os encargo termineis pronto de hablar con vuestra hija para que ejecute mi deber.

—¿Y cuál es?

—Cortar vuestra cabeza, contestó el verdugo enseñando un hacha que en la mano traía:

Zaima dió un grito de espanto y se arrodilló á los pies de aquel hombre, que la rechazó bruscamente, é impaciente volvió á encargar al anciano se diese prisa. Aben-Muley se reía como un idiota, é impasible contemplaba al verdugo; la jóven le abrazaba y lloraba sin poder proferir una sola palabra. En esta lucha terrible pasó el tiempo, y la luz del día penetró en la prision iluminando la estancia ennegrecida, y la última escena del poder de Boabdil, escena de tiranía y oprobio.

El verdugo impaciente y temeroso de ser castigado, se adelantó, y asiendo al anciano ató sus manos. Aben-Muley se dejó atar tranquilamente, y Zaima, que veía concluirse el término de sus esperanzas, sin fuerzas para llorar, tan desencajada como su padre, primero dió gritos, maldijo al verdugo, renegó de Alfonso y su religion unas veces, y otras por el contrario le llamaba á grandes voces y rezaba á la madre de Jesucristo, cayendo últimamente desmayada.

En este momento Aben-Muley se acercó á la ventana y vió colocar una bandera sobre el castillo de la ciudad; el cañon retumbó en el espacio, los gritos mezclados de espanto y alegría resonaron en Granada, y el viejo, dando una voz y volviéndose precipitadamente, se arrodilló y puso su cabeza en el tajo diciendo:

—¡Matadme! no me importa morir, pues veo concluidas las desgracias de mi raza; ¿veis allí ondear la bandera salvadora, el estandarte del Profeta? el viejo alucinado veía no la realidad, sino sus deseos y desvarios.

Zaima, que tambien al ruido volvió en sí, corrió á la ventana, y elevando sus ojos al cielo exclamó, casi al mismo tiempo que el anciano.

—¡Mi padre se ha salvado!... volvió en esto su vista al aposento, y habiendo visto el estandarte cristiano, y al verdugo con el hacha levantada sobre la cabeza de Aben-Muley, se precipitó sobre él, y detuvo por unos instantes sus brazos: el verdugo pugnaba por desasirse de Zaima,

cuyas fuerzas redoblada la desesperacion; la jóven contenía los esfuerzos del verdugo y le pedia la salvacion de su padre, y Aben-Muley gritaba ¡matadme! ¡matadme! ¡quiero morir, mi mision ha concluido!... algunos momentos mas, y Zaima no puede contener al verdugo; este volvió á levantar el instrumento de muerte, la vida del viejo solo podia contar algunos instantes mas: momento solemne para el padre y la hija, cuyas dos vidas se hallaban pendientes de un solo hilo; de pronto un ruido llega á oídos de Zaima, la puerta se abre, y un caballero con espada en mano se precipita por ella; arranca el hacha al verdugo, y Zaima reconociéndole cae á sus plantas exclamando:

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

Aben-Muley alza la cabeza y ve al conde, éste levanta á la jóven y la estrecha sobre su corazón, diciéndola:

—¡Angel mio! ¡Zaima!

—¡Soy cristiana, Alfonso! contesta la jóven, y el conde eleva al cielo sus manos diciéndola!

—¡Serás mi esposa, Zaima! ¡qué digo! ¡María será tu nombre desde este momento! ¡María! que era el nombre de mi madre.

No hablaron mas María y Alfonso; se miraban atenta mente y se abrazaban sin cesar: despues de tanto tiempo aquellos dos jóvenes volvian á verse, y el conde como siempre, siendo el salvador del padre y la hija; Aben-Muley, que nada entendia de cuanto pasaba, se reía, lloraba ó corría de uno á otro lado sin objeto alguno; dél tajo á la ventana, de la ventana á donde su hija estaba, de este sitio á la puerta, y así á todas partes perdida completamente su razon.

Varios caballeros entraron pasado algun tiempo en la prision, y presenciaron aquella tierna escena sacando luego de allí al padre y la hija para presentarlos á los reyes y Alfonso reclamar la proteccion de la reina.

CONCLUSION.

La reconquista de España habia terminado: los reyes Católicos eran dueños de Granada, y triunfantes entraron en la hermosa ciudad, rodeados de los nobles y el pueblo, recibidos con palmas, lágrimas de alegría y las bendiciones de todos, mientras que por otra puerta salía Boabdil con los suyos, que le maldecian é injuriaban.

Los personajes de nuestra leyenda todos acompañaban á los reyes de Castilla y Aragon, menos Aben-Muley, que despues de golpes tan repetidos murió el mismo día que Alfonso le salvó la vida por tercera vez.

Zaima lloró á su padre, y al lado de la reina fué instruida en los dogmas de la religion por fray Fernando de Talavera, arzobispo de la ciudad, recibiendo despues de algun tiempo las aguas del bautismo, y dando al conde de Guadix su mano, con quien vivió feliz muchos años entre caricias de amor; el doctor Julian Gutierrez vivió con ellos hasta el 29 de abril de 1497 que murió, querido de los reyes, hencedido por todos y llorado por sus amigos y los amantes de la ciencia médica.

Enero, 1834.

A. BRAVO Y TUDELA.

A mi buen amigo, á mi querido hermano del corazón, el licenciado don P. Leon y Luque, dedico esta muestra de la sinceridad de mi afecto.

VIAGE Á FRANCIA.

EL PUY-DE-DOME.

(Continuacion.)

VI.

CHAMALIERES.—LOS MOLINOS DE SAN MARTO.—GRAVENOIRE.—
MONTAUDONT.—ROYAT.

Yo me habia dado prisa en emplear en escursiones pintorescas el poco tiempo de que disponia en Auvernia, pero los buenos y espirituales compatriotas de Sidonio Apolinar desbarataban todos mis designios.

—¡Yo tengo ganas de ir á Royat! decia yo imprudentemente.

—Guárdeos Dios de verificarlo, me respondian, la estacion no está suficientemente avanzada.

—Entonces, ¿por qué no he de ir á Pontgibaux á ver las minas de plata?

—Esperad á que las hojas hayan brotado.

—Siendo así, voy á tomar el carruage de Issoire.

—Imposible, no es la estacion de las truchas.

Tantos consejos me daban sobre el particular que comprendí que la sombra seria espesa y las truchas comibles el día precisamente en que yo me pusiera en camino y subiese en la diligencia; y una mañana, sin prevenir á mis huéspedes, me apoderé de un tilbury, que me condujo hacia Royat á un paso mediano.

Hasta Chamalieres, el camino, vistoso por la risueña llanura del Salin, no ofrece otra curiosidad que el muro antiguo con columnas encajonadas de que nos parece haber hecho mérito en otro lugar; además se ve una nave medio arruinada, entre medio de la cual se distinguen sauces y acacias. Esto en el día es un monton de escombros delante del cual los carruages detienen el paso, temiendo que una chispa, procedente de la herradura de un caballo no lleve la nave á los volcanes inmediatos, el polvo y los árboles, sin contar á los transeúntes y á los soldados que vigilan la observacion estricta de una consigna tan útil.

La posicion aislada de aquella antigua capilla, consagrada en otro tiempo al dios de paz, y ahora dada al dios de los ejércitos, atestigua el movimiento de retiro efectuado por la ciudad. En tiempos muy remotos, se agrupaban casas indudablemente en derredor de este santo lugar, y ahora los carretones pasan y vuelven á pasar sobre lo que fué uno de los principales barrios de la ciudad de Clermont.

En Chamalieres la antigüedad admira una bonita iglesia, sin duda muy antigua, pues que en la masa de su construccion, Mr. Merinece ha reconocido reparaciones hechas en el siglo XII. Este monumento se distingue por una particularidad bastante curiosa. Ciertas iglesias presentaban en la entrada, una especie de vestibulo, bajo el cual los catecúmenos, arrodillados, podian oír la misa sin entrar

en la iglesia, cuyo acceso no era permitido sino despues de haberse aproximado á la Santa Mesa. Este pórtico cubierto, que se llamaba un *narthex*, es todavía muy notable en Chamalieres; pero han puesto una pared en la puerta exterior y ha venido á ser la capilla de la fuente bautismal. La otra antigüedad de Chamaliere es una torre cuadrada muy deteriorada, ó mas bien una serie de lienzos de muros, que se llama *Torre de los Sarracenos*. Confieso que esta torre tiene precisamente el interés de un conjunto de morrillos. Pero Chamalieres está muy orgulloso con estos vestigios de la antigüedad.

El camino, formando una especie de recodo, deja esta aldea sobre la derecha y comienza á levantarse en una pendiente fácil. A la primera vuelta bajé de mi carreton sobre una casa de mediana apariencia, situada alegremente al pie de una colina y rodeada de aguas corrientes que corrian bajo la amontonada yerba, lei estas palabras mágicas: BAÑOS DE CÉSAR.

Echemos una mirada sobre estos lugares, porque está n llenos de recuerdos históricos. La autenticidad es un poco sospechosa; pero ¿por qué hemos de rehusar el placer de evocar las sombras de César, de Pepino y de Gaifer?

El punto donde yo me detuve á la vuelta del camino puede considerarse como el mejor punto de vista del paisaje, y si no estamos todavía en las magnificencias de Royat, ni vemos los esplendores mas severos del Puy-de-Dome, podemos ya presentirlos. A la izquierda están las casas fabricadas de tierra y casi ruinosas; á la derecha las aguas rápidas que se prestan paso por todas partes, y la pequeña colina de Chateix, poco elevada, pero cuya vertiente termina en pico. Precisamente á los pies de Chateix están los BAÑOS DE CÉSAR. En frente hay un café de techo plano. En el segundo plano, mas allá de las casas, hay un banco de piedras bastante erizadas; mas allá todavía está la montaña de Gravenoire, negra, desnuda y de aspecto siniestro.

Entre estas dos perspectivas, en lugar de la línea serpentina del camino, se prolonga la mirada y se advierte una especie de abismo, que se ve dificultosamente bajo una ondulante verdura; despues, levantando repentinamente la cabeza, no se apercibirá ya en esta direccion mas que un cono negro y azul que oculta su cima en la nube. El abismo es la garganta de Royat; el cono negro y azul es el Puy-de-Dome.

Se que enumerándolo todo no he descrito nada todavía; lo que omito es precisamente lo que no se puede pintar, el color y la armonía de los tonos, la proporcion de los planos y la fuga de las líneas; el negro mate y el gris rojizo, de cuyos colores ha tomado el nombre la Gravenoire, el vapor trasparente y húmedo que domina sobre Royat, y el gris con franjas plateadas que corona el Puy-de-Dome, el verde intenso y sombrío de la vegetacion, y aquellas rocas opulentas que hubieran asombrado la paleta de Salvator Rosa.

Mejor se hace comprender mas bien por la desemejanza que por la comparacion; pues bien, el lector que haya

visto los Alpes podrá acaso adivinar mi pensamiento. Los Alpes son inmensos, magestuosos; llaman la idea del infinito y de la soledad; tienen las cualidades del paisaje histórico y filosófico que buscaba Pusino. La cordillera de los Domes ofrece en este cuadro una oposición vigorosa; todo revela allí la idea de la fuerza, de la lucha y de la ambición. En los Alpes el dibujo, en los Domes el color. Y para completar mi laborioso bosquejo, apuntaré una frase de Stendhal, que no vió el Puy-de-Dome mas que de paso, pero que le vió con exactitud: «La presencia de un *volcan apagado* imprime siempre al paisaje alguna cosa de trágico que impide que la atención se canse.» He aquí la expresión que me faltaba.

Si, todo este valle brillante, donde se casan la luz intensa del Mediodía con la armonía de los grandes sitios del Norte, es hasta cierto punto la imagen de la vida. Juventud, placer, felicidad, todo se encuentra allí, pero en el horizonte se levanta como una amenaza el *volcan apagado* de ayer, y que el soplo de Dios puede encender mañana.

VII.

LO QUE ES MENESTER PENSAR DE LAS TRADICIONES.

Hablemos de los baños de César, y en primer lugar disipemos las ilusiones del lector. Estos baños no se parecen ni á los baños de Vigier, ni á un establecimiento thermal como Aix ó Bagnères de Luchon, ni á las *thermas* de la calle de La Harpe en París.

Estos baños ocupan un piso bajo de un mal edificio que no tiene nada de monumental, ni aun la fealdad; al través de los grandes balcones desnudos se aperciben sacos de harina amontonados los unos encima de los otros. La casa es un molino de agua.

Este molino y otros de las cercanías que aparecen al pie de Chateix, son conocidos en el país bajo el nombre de molinos de Saint-Mar. Me limito á reproducir el sonido de la palabra sin pretender decidir acerca de su ortografía verdadera. Este molino ¿debe llamarse de Saint-Marc ó de Saint-Mart. Me inclino por el primero en vista del concurso de circunstancias guerreras agrupadas en derredor de estos lugares tan dignos de interés.

De cualquier modo que sea, los molinos de Saint-Mart proceden de los tiempos mas remotos; tanto la naturaleza parece haber designado de antemano este recinto haciendo afluir en él las aguas corrientes, que allí solo, al salir de las gargantas de Royat, comienzan á tomar la regularidad necesaria para ser empleadas ventajosamente. Pero al través de estas aguas límpidas se mezclan surcos de agua thermal, cuyas propiedades eran conocidas hace muchos siglos, sin que se empleasen para nada. Solamente, segun refiere Legrandi-D'Aussy, los aldeanos tenían costumbre de mezclarla al vino para darle un sabor agradable. Por eso los cultivadores de Auvernia habían inventado el agua de Seltz, antes que los parisienses tuviesen la menor idea de ella. He aquí cómo tantas novedades no son mas que antiguallas y costumbres antiguas.

Pero, sea dicho sin ofensa á las aguas minerales de Saint-Mart, estas amables antigüedades del agua de Seltz se parecen todavía mas al agua de Sedlitz, al menos por el olfato

y por el gusto. Felizmente no tienen todas las propiedades purgativas.

Sin embargo, un hermoso día del año de 1832, el propietario del mas grande de los molinos tuvo la ingeniosa idea de practicar sótanos en los cimientos de su inmueble, y no tardó en descubrir un piso subterráneo evidentemente consagrado al uso de las aguas thermales, y á quien la voz pública bautizó inmediatamente con el nombre de baños de César.

Esta es la parte donde entramos, despues de haber atravesado sobre un puente de tablas movibles las corrientes de aguas abundantes y frescas que alimentan el molino de Saint-Mart.

El interior de estos baños, sin estar desprovisto de interés, no puede suministrar materia á una larga descripción. Los aposentos del baño son pequeñas celdas, ó por mejor decir, cajones de piedra perfectamente cuadrados, semejantes á unos calabozos malsanos. El orificio de los conductos deja escapar vapores sulfurosos y carbónicos, tanto mas sofocantes, cuanto que la temperatura natural del agua de los baños de César es de cerca de 27 ó 28 grados Reaumur.

Mal informado por la experiencia de la fuente de Sainte-Allyre, tuve la debilidad de aceptar de la muger del molinero un vaso de esta agua diabólica. Al instante se sublevó mi estómago, la sangre silbó en mis oídos, el traqueteo del molino resonaba en mi cerebro como descargas repetidas de fusilería; sentí el peso atmosférico del baño que invadía mis pulmones, y se apoderó de mí un vértigo que me hubiese arrojado al suelo sin fuerzas si no se hubiesen apresurado á sacarme de aquel lugar mefítico.

Admiré sinceramente los milagros de estas aguas curativas; pero decididamente, es necesario estar bien enfermo para tomarlas sin morir.

Felizmente, dos minutos al aire libre bastan para restablecerse.

La molinera me habia dejado á la puerta de su domicilio, y en esta morada fui acostado por otra muger anciana.

—¿Querrá vd. ver los graneros de César? me dijo.

Confieso que dudé. Los graneros me hacian poca gracia despues de la residencia que acababa de hacer en la cueva infernal de los baños. Pero la buena muger me tranquilizó en su lenguaje, explicándome que los graneros de César estaban situados casi al aire libre.

Abrió una puerta que daba acceso á una pequeña pradera un tanto pendiente, y comencé á subir detrás de ella la colina de Chateix.

Cuando hubimos llegado á su altura de cuarenta ó cincuenta pies lo mas, mi guía me hizo señas para que me detuviese.

Y como yo parecia estar sorprendido:

—Este es, caballero, me dijo, el lado de Chateix.

Yo no comprendí mas; pero en este género de casos yo no discuto con los aldeanos, y cuando no veo prefiero hacer semblante de que veo mas bien que empeñar una polémica verbal. Esto no es ni repugnancia ridícula ni desden afectado, sino temor de herir susceptibilidades, que ordinariamente son escesivas. Por otra parte, la Auvernia es burlona, y le place chancearse con los forasteros; esto me hace tímido.

Miré al suelo con vista estúpida, y dije observando á la buena muger con un acento de placer bastante mal imitado.

—¡Ah! he aquí el granero de César.

Pero ella se cuidaba poco de mi admiracion. Arrodillóse en un monton de escombros, y se puso á rebuscar allí con sus uñas; luego que hubo encontrado lo que buscaba me alargó su mano llena de una sustancia negra.

Yo tomé maquinalmente lo que me ofrecia. Eran granos de trigo y de avena carbonizados. Entonces comencé á comprender.

mana, medallas, despojos de armaduras y varios útiles de acero.

—¿Por qué se encuentra aquí este grano quemado? exclamé mas bien para dar curso á mis pensamientos que para obtener una respuesta.

—Es el granero de César, respondió la vieja aldeana incorporándose: ¡oh! añadió con un acento de orgullo singular, César cuidaba mucho de sus legiones; pero todo fué incendiado cuando levantó el sitio de Sergovia.

El lector se admirará sin duda del lenguaje de esta bu-



La aldeana de Chateix. Graneros de César.

—Son buenos, ¿no es verdad? Rebuscad vos mismo.

Esperimenté yo tambien el curioso fenómeno que se produjo sobre toda la vertiente oriental de Chateix. Es imposible tomar un puñado de tierra que no contengan restos de esta clase en gran cantidad. Su existencia es conocida hace mas de dos siglos, y todo el que llega allí se llena los bolsillos de este grano. Algunas veces se encuentra en medio de este conjunto de granos negros, objetos mas preciosos, pero no tan singulares, fragmentos de alfarería ro-

na muger; se admirará menos que yo. Sobre otro cualquier asunto apenas podia decir dos palabras que revelasen sentido comun. Se puede pensar que aprendió estas frases por su oficio de cicerone; yo no creo nada. Los aldeanos mas taciturnos y los iliteratos que se puedan encontrar en las montañas de la Auvernia me han hablado siempre de César con ciencia exactitud, con placer y con entusiasmo.

Yo estaba conmovido; bajé silencioso por lo tanto. La buena muger volvió á llevarme hasta una puerta situada

detrás del molino. Saqué una pieza de veinte sueldos de mi porta-moneda y la puse en su mano.

—No todo, mi buen señor, no todo, murmuró ella con una turbación llena de cordialidad.

—Si, todo es para vos; guardadla.

Cai en otra especie de embarazo. El desinterés de esta muger me sorprendia, sobre todo en semejante ocasion.

Vi que se agitaba con impaciencia procurando hacerme comprender claramente lo que á todo trance queria refe-

la anciana muger, que enseña los graneros, todo cuanto contenia en sus bolsillos; así, cuando la sirvienta de los baños vino á pedir su gratificacion, fué acogida con una negativa perfectamente motivada. ¿Qué hizo la criada? Levantó la tabla, y dijo á la visitadora:

—Puesto que no teneis dinero, pasad como podais.

Precisamente habia habido tormenta en la montaña; las aguas, sin ser profundas, eran gruesas y rápidas; la campesina quiso pasar á nado, perdió el pie, y sin un mu-



Vista de Chamalieres.

irme; pero no quiero malgastar con el lector todo el tiempo que ella me hizo perder. He aquí el hecho.

Los graneros de César son una propiedad distinta de los baños, y se atraviesa por estos para llegar á aquellos; recuerde el lector además, que no se penetra en los baños sino pasando un agua corriente sobre un puente de tablas movibles. Sucedió que un dia, una valerosa campesina de las cercanías, ignorando que los graneros y los baños fuesen explotados por dos administraciones diferentes, dio á

chacho molinero, que se lanzó al agua muy oportunamente, la pobre muger hubiera descendido á Chamalieres por un camino poco usado.

La buena anciana de los graneros de César, no ha perdonado todavía este rasgo á su vecina; y lejos de convertirse en objeto de un concierto fraudulento, como no hubieran dejado de hacerlo los sutiles habitantes de los baños de Paris, previene á sus clientes de lo que les espera á la puerta.

Ahora bien, recibiendo de mi mano la enorme cantidad de veinte sueldos, no sospeché que me quedase todavía algún dinero; y me advertía caritativamente de que no se lo diese todo, para que me reservase alguna cosa para la Cervera del puente.

¿Consideraremos ahora los graneros de César bajo el punto de vista auténtico y grave? Esta es una cuestión muy debatida, pero no sin solución. Acudamos á lo mas verosímil, ó lo que es lo mismo á lo menos discutido. En lugar de César, léase Gaiffer, y se tendrá, sino la verdadera verdad, al menos la verdad convenida.

Por lo que á mí toca, quiero mejor la explicación de la anciana muger. Todo ello bien considerado, yo no veo nada mas probable; tanto mas, cuanto que no subsisten en estos lugares sino muy pocos vestigios de los acontecimientos antiguos, y que estos vestigios son romanos. He aquí el hecho.

Me despedí de la anciana; tomé otra vez mi carreton, y á los diez minutos ya habíamos vuelto á pasar el camino de Royat.

Yo tendré ocasión de explicar mas tarde el peligro de esta clase de expediciones.

LA FIESTA DE LOS INOCENTES.

El impío y el indiferente juzga mal la religion cristiana, porque no la conoce. Ignora en particular todo lo que hay de admirable é íntimo en esas festividades que la Iglesia Católica presenta cada año á la piedad de los fieles.—¿Cuán desconocida, empero, á la par que interesante es esa serie de solemnidades *siempre antiguas y siempre nuevas*, en donde la admiración del espíritu y la devoción del corazón van sin cesar á inspirar y fortalecer al hombre para elevarlo á su inmortal destino!—¿Cuánta filosofía, cuán dulce poesía en las tradiciones que los pueblos han venido legándose en la celebración de estas funciones religiosas!

Herodes el infanticida, cubre de luto hace diez y nueve siglos á la Judea, y aun á la triste relación de tan horrendo crimen se estremece el corazón de las madres estrechando convulsivamente á sus hijos en sus brazos, como si el celoso rey Ascalonita hubiese de venir á arrancarlos de ellos para entregarlos al desapiadado acero de sus sayones.

Cuenta un historiador, que madres afectadas dolorosamente al oír los terribles anales que consignan los cuatro evangelistas, convinieron entre sí en hacer aquel día á sus hijos mas felices que en los demas. Tal debió de ser el origen del reinado de los inocentes, reinado de doce horas instituido en memoria de la terrible catástrofe que ensangrentó el pueblo de Israel. Esta tradición, robustecida por los siglos, se esparció por los diversos pueblos cristianos, y admitida aun en las corporaciones religiosas, y aun hoy en algunos cabildos de iglesias catedrales, en las solemnidades religiosas del día de los Inocentes, ocupan la presidencia, y dirigen el coro, los tiernos infantes destinados á cantar en él los himnos santos de la Iglesia.

La tradición del reinado de los Inocentes ha existido, y aun existe hoy en muchos reinos de Europa; existe tam-

bien en algunas provincias de España, no obstante que los sucesos que han agitado de cuarenta años á esta parte á nuestro país, y las modernas ideas de una nueva civilización, vaya lentamente haciendo desaparecer estas tradiciones, que dígame lo que se quiera, encierran en sí tanta poesía, tanta moralidad.

En el día de los Inocentes, el hijo menor de la casa es el rey.—En aquel día todo lo manda, todo lo dispone, no se obedece mas que á él como á un rey nuevamente elegido por el amor de su pueblo. El pequeño monarca, encantado de su transformación, ordena con dulzura, tiende cordialmente la mano á sus súbditos, comparte con ellos sus dulces ó sus juguetes, y cuanto está al alcance de la fortuna de su familia, da las gracias cuando puntualmente le sirven; da las gracias tambien cuando le advierten que no pueden acceder á sus caprichos, y es raro que los tenga. Preciso es confesar que si la felicidad existe en el poder, estos reyes infantiles nada tienen que desear durante el curso de su efímero reinado.

I.

Tres días después de Navidad, las campanas de una pequeña ciudad de Castilla, que no queremos nombrar, porque tal vez viven aun algunos de los actores de las escenas que vamos á referir, anunciaban con su alegre repique la llegada de la fiesta tan impacientemente deseada por los niños.

Juanita Sanz dormía tranquilamente cuando vino á levantarla de su pequeño catre de tijera, su vigilante abuelita que acababa de proclamar su poder á toda la familia ya reunida.

Medio dormida aun la niña, apenas veía á su padre que complacido sonreía, á su madre mas blanca y mas hermosa en su descuidado traje de mañana, á sus hermanas que afanadas abrian y cerraban armarios buscando los adornos para la reina de los inocentes, y á su hermanito que arremado á la chimenea, miraba con ojos muy abiertos, para no perder nada de cuanto á su alrededor pasaba. Habia tenido los mismos honores tres años antes, y esta solemnidad ya renovada, era ya su *ayer*.

Abrazaron todos á Juanita, soberana reconocida de la casa. Sacaron para adornarla las galas encerradas en el fondo del cofre, de un cofre antiguo claveteado con tachuelas de cobre reluciente como el oro.

Lavada y peinada con esmero, Juanita dejóse vestir con la mayor complacencia con los vestidos de su buena abuelita, que la miraba y abrazaba á cada alfiler que la ponían.

Para comprender bien esta ceremonia, preciso es recordar que la soberanía de la inocencia es declarada por el mas anciano de la casa. Desde entonces padre, madre, hermanas, hermanas, criados, vienen á la misma cama á saludarla, como habian hecho con Juanita. La tradición quiere que sea vestida con todo el lujo posible con los vestidos del jefe de la familia, para representarla delante de los amigos, de los parientes, de los extraños.

Juanita se mantenía firme, muy formal con las anchas enaguas de camelote negro brillantado, ajustado á su talle por medio de grandes pliegues que la abuela misma habia hilbanado la víspera. El cuerpo llegaba casi hasta los pies, y apenas la dejaba moverse. Estaba contentísima al

verse lindamente peinada, con una papalina de linón con flores, que solo se ponía en la cabeza de la abuelita en las fiestas en que, como decían en el pueblo, *repicaban gordo*.

El afán, el esmero que ponía esta buena anciana en adornar como reina á su nietecita, llenaba de tal gratitud á Juanita, que cuando ésta era ya una muger hecha y derecha, como suele decirse, hablaba de este día con gratitud, con emoción.

—¿Qué lástima, dijo la madre contemplando á su hija Juanita, haber tenido que vender mis encages, qué bien la sentarían!

—Esa es la voluntad de Dios, Catalina, contestó la abuela. Los ángeles no tienen necesidad de encages para agrardarle.

Al responder así, la buena abuela tomando á la inocente en sus brazos, colocó en su cinturón el manojito de llaves de la casa, y volviéndose á su hijo, terminado el tocador de la nieta, le dijo:

—¡Félix, habla!

El padre entonces dijo:

—Hija mía, vas á ocupar durante doce horas el lugar de la que respetamos mas en el mundo, es decir, de mi madre, que es tu abuelita. Todos te obedeceremos como debemos hacerlo á la que aquí representa la madre de Dios. Acuérdate toda la vida, Juanita, de los honores que te tributamos en el día en que pasas por ella. Todos los que ves aquí te instruiremos de los respetos que una buena madre tiene derecho á esperar de sus hijos.

—Yo te bendigo, Félix mío, respondió la abuelita apretando la mano de su hijo. Las miradas, los corazones de todos estaban conmovidos.

Todos se colocaron despues alrededor de una mesa, y un modesto desayuno pero sano, sabroso y aseado, entretuvo alegremente á la familia.

La abuela hubiera deseado algo mas.

—¿Cómo, hijos míos, no hay mas! Y una mirada significativa á Félix, le hizo comprender sus deseos.

Félix era un honrado artesano pintor y dorador, y salió á ver si le pagaban lo que algunos de los señores le debían por trabajos hechos anteriormente, y cuyas cuentas no habían satisfecho.

Toda la familia se dispersó dedicándose cada cual á sus respectivas ocupaciones. Juanita lloró un momento viendo que la dejaban sola ni mas ni menos que los demás días, y no quería que fuese así en el día de su fiesta. Sus hermanas la abrazaron, la consolaron, y la hicieron entender que la fiesta en familia era por la tarde, y que ella no tenía mas que mandar lo que quisiese que hubiese, y convidarlas á ellas. Juanita las convidó desde luego, rogándolas que viniesen temprano, y aun las tenía sin soltarlas de la mano, no queriendo ser feliz sin ellas. Justito, su hermano, se quedó con ella para iniciarla en el modo de ejercer su reinado en estos términos:

—Tú dirás siempre; ¡yo mando! Tú mandarás que nos den una comida magnífica, vino tinto, vino blanco, vino dulce. Ir á la comedia de magia á ver *Juana la Rabicortona*. No olvides pedir pasteles, cochinilla de leche, que á mí me gusta mucho. No tienes mas que decir, yo quiero, yo mando, yo lo ordeno, porque tú eres hoy la abuelita.

Juanita le respondió que su abuelita jamás hablaba así.

—No importa; tiene derecho de hacerlo, dijo Justo, y es

preciso que tú lo hagas. ¡Piensa que no tienes mas que un día!...

Terminada la lección, corre Juanita cuanto se lo permitía su larga falda á ver á su abuelita, á mandar el festín compuesto por su hermano, el que cuando vacilaba la tierna memoria de ésta, le apuntaba al oído lo que aquella olvidaba.

Curiosa fué la entrevista de los nietos con la abuela. Accedía ésta á la petición de la reina de los inocentes, cuando sostenida ésta por su hermanito para animarse á un gran golpe de estado, tosió para aclarar su voz, y declaró que quería *torrijas* para todo el mundo.

—Estoy, estoy en ello, respondió la abuelita mirando á Justo, y diciéndole en son de dulce reconvención. Tú nos haces ambiciosa á Juanita; yo creía que esta buena reina venía á pedirme un poco de lino para que yo la enseñase á hilar, y estaba dispuesta á ello.

Catalina entra entonces, habla con inquietud y sobresalto á su suegra. Los niños se retiraron á un rincón de la sala; guardaban silencio mientras hablaba su madre y abuela, y aguardaban llenos de esperanza la realización del programa de su deseada función, cuando vieron venir á su padre Félix. Su muger salió apresuradamente á su encuentro, mientras que Juanita y Justo se pusieron á formar nuevos planes agradables para este día que les parecía que jamás había de concluir. La hora de comer llegaba, y Juanita conocía en su estómago que faltaba un cuerpo á sus ensueños. Adivinábalo sin duda la abuelita, y se levantó turbada como una muger que lo olvida todo. Mientras concertaba sus miradas sobre su querida nieta, Justito se alzó de puntillas, habló una palabra al oído de la abuela, que le respondió:

—¡Es verdad, tienes la memoria de tu edad!

Sacó de su armario pintado de color de caoba una hermosa pera, que allí lentamente se maduraba, y que guardaba para aquel día.

—¿Me la das para siempre, abuelita? dijo la niña.

Tranquilamente despues se volvió á Justo:

—Si me quieres, hermanito, parte la pera en dos, y cómete la mitad. Yo lo ordeno y mando.

Justo la hizo un cómico saludo, y comiéndose la mitad de la pera: ¡Vaya si te quiero! dijo.

—¿No la guardas entera, reina mía? dijo la abuela.

—No, abuelita, es mejor la mitad.

—¿Por qué?

—Porque mi hermano se coma la otra, y así quedamos dos contentos.

—Tú calculas ya bien, Juanita, y no harás mala reina.

Entró el padre seguido de su muger. Sentóse como el hombre fatigado que ha corrido de un lado para otro, empero en su semblante mas que el cansancio se veía pintada la consternación.

Su muger de pie á su lado, le cogió la mano tristemente diciéndole:

—Has llamado á todas las puertas Félix. Hágase la voluntad de Dios.

La abuelita para distraer esta conversacion penosa interrumpió á su hijo, cuya voz alterada contristaba á los niños, contándoles lo que Juanita había ordenado para su festín.

—Querida inocente, querida inocente, dijo la madre

abrazándola tristemente, es preciso que aguarde y que espere. Se hará lo que se pueda, pero tendremos que contentarnos con una tortilla y con unas patatas. No tenemos mas hoy....

Por desgracia no pudo retener un sollozo, que fué acompañado de un grito de Juanita. El padre se paseaba en tanto con agitacion por el cuarto; Justo no sabia que pensar de este dia tan diferente del en el que el habia sido rey de los inocentes.

—Era preciso no haber dicho eso, murmuró la abuela mas dueña de sí misma. Mas ya que no sabes dominar tu dolor, hijo mio, tratemos al menos de salir adelante. Yo digo que Juanita tiene derecho en todo el dia de ir á pedir una próroga para el pago que nos reclaman del alquiler de la casa. Los inocentes pobres pueden llamar hasta la noche de hoy á la casa del rico, y con el tono real del niño Jesus, decir:—Venimos de parte del Salvador, sed humanos porque él nos envia, un inocente os lo aconseja. Veremos en ^{tonces} si el señor don Pedro Mendoza tiene alma y ^{corazón} para rechazar á Juanita.

—Eso es pedir limosna, madre mia! replicó exasperado el hijo, y es pedirselo á una piedra; mejor quiero verme en la calle.

A esta terrible palabra la reina Juanita comenzó á dar gritos.

Catalina lloraba por la intimacion que Mendoza habia hecho al honrado artesano para que pagase seis meses que debia ó que desocupase al dia siguiente la casa que servia de albergue á su madre, á la suegra y á sus inocentes hijos.

A esta escena aflictiva sucedió un momento de silencio. Juanita lo rompió trayendo repentinamente á su padre una alcancía de barro, que contenia unos cuartos que todas las semanas el hermano de Félix daba á su sobrina, como jovencita de obediencia, como salario ó paga de los dobladillos que hacia en los pañuelos, ó de la faja que trabajaba durante la semana.

Habia pocos dias que los dos hermanos habian reñido, y habian dejado de verse. La vista de la ucha ó alcancía de Juanita recordó al hermano el hermano. La abuela lo notó; así es que cuando éste devolvió á Juanita su pequeño tesoro diciéndola que se necesitaba tres mil veces mas, esforzándose á hablar como se hace cuando se habla racionalmente de moral, descubria en la alteracion de su voz sofocada en el fondo de su garganta el choque interior que acababa de destruir su santa resignacion. Mirando á su hijo:

—Ahora mismo, le dijo, hablabas de limosna, y te has puesto pálido, como si yo, tu madre, te aconsejase una mala accion. Tu orgullo, Félix, me haria reir, si no tuvieses tanto pesar, y un valor admirable.

Quiso el hijo respetuosamente interrumpirla, empero ella continuó:

—No tengas miedo, yo no te mando nada, mi tiempo pasó. Tú eres ahora la cabeza de la familia, y yo misma te miro como un padre. Así los golpes que sufres traspasan mi corazón. Yo soy así. Pero la limosna.... ¡Ah, Félix! ¿los buenos pobres no son los amigos predilectos de Dios? ¿Piensas que yo no saludo con mas respeto á los que vienen á recibir humildemente nuestros dos cuartos de limosna todos los sábados, que á esos ríctos hidalgos que

al pasar por las calles les vuelven las espaldas? Por otra parte si es vergonzoso recibir limosna, es glorioso el hacerla, y llénate de gloria, y avergüéncense tus desalmados parroquianos, porque tú hace un año que les das de limosna tu trabajo, cuyas cuentas no te pagan. Nada mas ya te diré.

Félix respondió que si bien esto era cierto, era muy triste en un dia de fiesta; á lo que contestó su anciana madre:

—Los que lloran los dias de fiesta, hijo mio, serán consolados. Las mejores frutas están ásperas antes de madurar. ¿Comprendes esto, hijita mia?

—¡Ah! sí, abuelita, respondió Juanita que no comprendia ni una letra.

—No importa, dijo la abuela, los niños pueden oir antes de comprender. La voz de mi madre resuena aun en mis oidos como si estuviese aqui, y yo os repito muchas veces sus propias palabras.

—Hablad, hablad, madre mia, dijo Catalina que la escuchaba con la mayor avidez.

—Eres una buena muchacha, Catalina; hago la misma justicia á tu marido, y él volverá aun á ver á sus deudores, y el corazón me dice que aun el dia de hoy será feliz. Es preciso, Félix, que conozcas el último deseo de tu hija. Sabe que Juanita quiere esta misma tarde veros buenos amigos á ti y á Juan.... ¡Ya ves!

El padre de Juanita dió dos pasos hacia atrás, y mirando despues á su madre replicó con indecision:

—Madre mia, ¿es esa idea de una niña?

—Es la idea de una niña. Bendice á Dios que le ha dado tal corazón. Esa idea sale de él solo, como el agua viva sale sin saberse de donde. Piensa en ello. En un dia como hoy la voz de un niño es la voz del Señor.

Félix callaba.

—Yo te ordeno, que lo creas, añadió su madre: yo añado una cosa mas, y es que Juan anda muy triste desde que habeis reñido. La vida es demasiado corta para desunirse así antes de la muerte, Félix! Hay una predicción y es que los que mueren reñidos enemistados, corren riesgo de no encontrarse en la eternidad, y no encontrar en ella á un hermano, es vivir eternamente una mitad. ¿Qué serán tu alma y la suya, hijo mio? ¿A cuál de los dos podré yo reunirme? respondedme.

El ofendido hermano se paseaba en tanto á grandes pasos por la estancia, metido en sí, con la cabeza descubierta, baja como cuando su madre le reprendia, empero no miraba que Juanita, con las manos cruzadas, escuchaba con la mayor curiosidad á su abuela. Aprovechóse esta del silencio favorable de su hijo para añadir:

—Juanita, abraza á tu padre, dale gracias porque olvida su cólera contra tu pobre tio Juan... Y tú, Justo, oye, corre, y sin detenerte, lleva esta madeja de hilo enredado á tu tio Juan, y dile que venga á ayudarme á desenredarla esta tarde. El sabe lo que quiere decir esto, y yo tambien.

—Dile á mi tio, que soy la reina, gritó Juanita.

Justo salió corriendo y silbando, muy alegre, porque preveia que la reconciliacion traeria una buena comida, y le hemos visto que era algo goloso.

Util será decir de paso, que el tio Juan, mucho mas jóven que su hermano, no habia tenido con éste sino de esas pequeñas diferencias que se olvidan cuando se quiere, que

fácilmente se reparan. Juan lo quería, Juan lo había así prometido á su madre, que inmediatamente perdonaba, y que como todas las madres no viven sino viendo bien unidos y acordes á los hermanos.

Mientras que graves agitaciones pasaban en el seno de esta honrada familia, mientras la necesidad venia á turbar la fiesta en que tanto se prometían gozar estos pobres niños, en otras casas otros niños ricos y felices ostentaban también su reinado de un día y veían cumplidos y satisfechos sus menores caprichos.

II.

Juanita bajó á la tienda del pintor para que pudiesen verla bien los que pasaban por la calle y sus buenos veci-

En la casa de enfrente todo respiraba opulencia. Vivía allí don Pedro Mendoza, avaro propietario, dueño de la mayor parte de las casas de la calle donde vivía. Obediente á la tradición había adornado con sus mejores vestidos á su nieto Fernando, que los llevaba con una alegría igual á la de Juanita. Con un bastón de puño de oro, una caja de tabaco de oro ricamente cincelada, un sombrero de tres picos que su abuelo cuidaba esmeradamente, un rico casacacon, parecía Fernandito una miniatura de un antiguo retrato de su abuelo. Preciso es confesar que éste, á pesar de nuestras simpatías por Fernandito, pasaba en la ciudad por el mayor avaro, no obstante ser el mas rico propietario de la ciudad. Fernando insistió tanto en ir á casa de su vecinita, que al fin le llevaron á ella.

Juanita que había oído pocas horas antes las palabras



Los inocentes en familia.

nos que tanto la amaban. Mirábanla con afabilidad cariñosa al través de las vidrieras, y allí permanecía muy contenta devolviendo con infantil gracia los saludos de los que parecían complacerse en tan hermoso día.

Pasaban muchos niños y niñas vestidas según su gerarquía, todos alegres, todos satisfechos de verse mimados, obedecidos de sus padres y de cuantos los rodeaban, y todos saludaban á la hermosa Juanita. El niño de la casa de enfrente de la de Juanita estaba mirándola hacia tiempo, y manifestaba los mayores deseos de ir á visitar á su linda vecinita.

de echar á la calle, apremio del pago de alquiler, y otras pronunciadas en voz baja en su familia, apenas se atrevía á levantar sus ojos hacia aquella casa de donde salían todos los pesares para su familia.

Fernandito se presentó en casa de Juanita. Miráronse y se agradaron mutuamente estos niños. Era tan nuevo el mundo para estos dos corazones de ángeles, que apenas sentían el penetrante soplo de diciembre: parecían estar aun los frescos jardines del paraíso abiertos á sus encantadas miradas. Aproximó su rostro Fernando á Juanita deseoso de adivinar lo que había comido. Respiró curiosa-



mente el álito de su perfumada boca. Juanita le preguntó:

—¿A qué huele?

—Como á fruta, respondió.

Juanita respondió con la cabeza que sí con una amable sonrisa.

—¿Que has mandado tú desde esta mañana? preguntó Fernando; y sin aguardar la respuesta continuó: yo he querido el chocolate de mi abuelo con bizcochos, y dos panecillos franceses: he querido diez pliegos de aleluyas finas para recortarlas, y ponerlas por señal en los libros: he pedido que vengan músicos á la hora de comer, y que les den de beber, porque la bodega de casa tiene muchos vinos; yo beberé tambien como los hombres, y estaré muy contento, mucho. ¡Ahora habla tú!

Empero Juanita no respondia nada. ¿Qué hubiera podido contar ella de su reinado? Fernando, sin embargo, la instó, la obligó con el tono perentorio exigente que daba un baston con puño de oro y un casacon de terciopelo bordado.

—De todo lo que he querido, dijo, solo tendré una tortilla y unas patatas.

Miróla Fernando lleno de asombro.

—¿Pues entonces que has comido?

—Nada aun; todos los días tenemos mejores cosas que hoy, pero yo creo que esta no es estacion de pastelillos.

—Sí: siempre es estacion de eso en casa del pastelero. Yo he encargado cuarenta para esta noche.

—No es culpa de nadie, dijo Juanita; y entonces á pesar de los esfuerzos que hacia por parecer alegre, dos arroyos de lágrimas corrieron de sus mejillas. Pasmado Fernando perdió el aplomo que le daba su caña de Indias con puño de oro. Hasta su sombrero de tres picos pareció triste sobre sus rubios cabellos que le caian en hermosos rizos, empero como estaba habituado desde por la mañana á decir: yo quiero, continuó:

—Quiero saber por qué lloras.

—Porque mi madre llora.

—¿Por qué llora tu madre?

—Porque tu abuelo quiere plantar en la calle á mi padre, porque no ha podido pagar seis meses de casa porque no tiene dinero. No quiere aguardar á que lo gane, á que le paguen lo que otros le deben! Mi abuela ha dicho: Juanita tiene derecho todo el día de hoy de ir á pedir una prorroga, un plazo, y á añadir ademas, ¡sed humano! ¡de parte del Salvador! pero mi padre no quiere que yo vaya á decir esto contra una piedra y llora mi madre. Esto es lo que tengo, Fernando.

Ya no se atrevió Fernando á hablar de su felicidad. Despues de haber mirado fijamente á Juanita, adios, la dijo, pronto volveré.

—Adios, Fernandito, respondió la pequeña reina desolada, que se quedó á la ventana para verle entrar en su casa, y subir lentamente la escalera seguido del criado que le acompañaba.

III.

Habia aun otro inocente en la vecindad de la casa de Juanita, empero este inocente no se hallaba vestido con los vestidos de su padre, ni de su abuela, ni se hallaba asomado á la ventana de su pobre casa, ni en el portal de

ella, ni podia salir á la calle. Estaba ¡ay! enfermo en su cama. Era hijo de un pobre artesano tambien. Su padre vino á visitar á los padres de Juanita. Venia á cumplir un deseo que el pobre niño habia manifestado en su lecho de dolor, y no queria dejar de cumplirlo en el día del reinado del infeliz inocente.

Al ver á Juanita la acarició, y la dijo que verdaderamente la hubiese tomado por su abuelita; lo que causó un gran placer á la niña.

Despues dirigiéndose á Catalina la dijo:

—Vengo á suplicaros me presteis el pajarito que tiene Juanita para distraer á mi pobre hijo enfermo, muy enfermo, vecina, y tan débil que no he podido vestirlo con mis pesados vestidos, ni con los suyos por ligeros que son. Ha visto hace días el pajarito de Juanita, el día que vino á visitaros con su pobre madre... ¡su pobre madre á la que sin cesar llama desconsolado!

—Mucho nos acordamos de ella, vecino, interrumpieron Catalina y la abuela dando un gran suspiro.

El artesano permaneció un momento en silencio. Un hombre no gusta de que le vean llorar, se reprimió, y continuó despues:

—El pajarito se ha fijado tanto en la memoria de Antonio, que ha empezado á decir esta mañana, y repite sin cesar: «Mando que oiga yo el canto del pajarito que canta en casa de Juanita. Quiero oir cantar el pajarito, y despues ver á mi madre. Yo lo mando, padre mio, yo que no puedo ir alla; id, id pronto porque hoy es la fiesta de los Inocentes.» ¡Ay! el pobre niño no ha podido comprender que su madre ha muerto hace dos meses, y que yo no puedo devolvérsela. No se le puede prestar mas que el pajarito. Prestádmelo, si gustais, para que pueda distraerse, pues apenas le queda un soplo de vida, y si creéis que Juanita no se opone á ello...

—¿Cómo! replicaron vivamente la madre y la abuela, Juanita se alegrará mucho de poder consolar al pobre Antonio. Y saliendo apresuradamente la abuela llamó á la niña á quien contó la pretension del vecino.

—Pues que tú me representas, añadió, necesito saber si adivinas lo que yo responderia. ¿Qué vamos á responder?

Juanita quedo suspensa un momento, se puso muy colorada. Habia visto á su abuelita prestar cordialmente todos los humildes enseres de casa que la pedian, empero el pajarito... su pájaro lo tenia en el mas alto aprecio, cuidábalo y limpiábalo ella misma todos los días, y se entretenia con sus monadas. ¡Sin embargo, Antonio está malo! fué su primera exclamacion. ¡Despues el pajarito tendrá frio en la calle! fué la segunda, y sus ojos se fijaron indecisos sobre las miradas de su abuela que la dijo:

—El pajarito no tendrá frio llevándolo abrigado bajo su capa el vecino, y el pobre Antonio se alegrará en su cama si lo oye cantar. Juanita salió corriendo como una exhalacion.

—¡Mantente bueno! dijo despues de haber alcanzado ella misma subiendo sobre una silla, la jaula del pájaro. Adios, pajarito, hasta la vista; y besó al mismo tiempo los alambres de la jaula. Cuando la abuela la dijo que habia hecho precisamente lo que ella hubiese hecho en su lugar, sintió la niña un gran consuelo y alegría en su corazon. Entonces siguió resueltamente á su madre llevando la jaula al vecino que la aguardaba con la mayor ansiedad. Al ver

éste que una lágrima se desprendía de los ojos de Juanita, temió que no se volviese atrás arrepentida, empero no la conocía.

Viendo que el pajarito no tenía comida en el comedero, con una prevision precoz, detuvo al vecino agarrándolo de la capa, y sacó del armario una porción de alpiste y cañamones, diciéndole:

—En cuanto vea que le echan la comida cantará. Yo quiero que Antoñito esté contento, pero también quiero que coma mi pájaro. Aprobó la abuela la prevision de Juanita, y el pobre padre llevando cuidadosamente bajo la capa la jaula, marchó apresuradamente á su casa á llevar este consuelo á su desgraciado hijo.

Catalina veía con dolor aproximarse la hora de la comida en su casa falta de todo. Aguardaba el resultado de las diligencias que para proporcionarse recursos había ido á practicar su marido. Justito entraba y salía sin cesar en su casa, hablaba con su abuelita que preparaba una gran sorpresa á la familia y á su nuera misma, á quien no había puesto en el secreto. Recordaremos que la abuela había enviado á su hijo Juan una madeja de hilo enredada. Con la respuesta que le trajo Justo, que le había enterado sin duda del triste estado de miseria en que se hallaba la casa, había encontrado medio de disponer secretamente una buena comida.

La abuela sonreía con misterio á las frecuentes idas y venidas de su nietecito, empero su hija no veía ni comprendía nada.

En tanto el pobre Félix recorría sofocado toda la ciudad. De todos los ricos hidalgos que le debían, ninguno se hallaba en disposición de pagar sus cuentas. Salía el pobre abatido, murmurando entre sí al dejar aquellas casas donde todo respiraba abundancia:—¡Comed y dormid tranquilos; no sabéis lo que es la noche del padre que no tiene nada que llevar á sus hijos!

Recorriendo así tristemente la ciudad para volver á su casa, encontróse con un hombre que le tendió la mano de pronto. Este hombre era Juan, su hermano, que salía de su trabajo.

—¿Eres tú, hermano mío? le preguntó con voz alterada.

—Yo soy, respondió el hermano conmovido extraordinariamente, y sus manos se estrecharon con la mayor cordialidad.

—¿Quieres que te acompañe, que vaya contigo á tu casa? dijo Juan con cierto resto de rubor.

—¿Me lo preguntas, respondió Félix, y te tengo agarrado de la mano? Te desafío á que ahora no te me escapes; soy mas fuerte que tú. Vamos, ven conmigo.

Los dos hermanos acababan de reconciliarse. Se amaban como antes. Cuando entraron juntos en su casa agarrados del brazo, las dos mugeres vieron al punto que la armonía, la paz y la gracia de Dios entraba con ellos en la casa.

Justo, que había seguido á su padre y á su tío, se mostraba orgulloso, satisfecho, como si él fuera el autor de la reconciliación. ¡Había corrido tanto el pobre niño! El era partícipe del secreto de la futura comida.

La abuela descubrió entonces que auxiliada de su nieto Justo, y con la generosidad de su hijo Juan, había preparado una buena comida para celebrar el reinado de los inocentes de su nieta Juanita.

Entregáronse los niños á la alegría con la imprevision de tan feliz edad, empero sus padres y su tío permanecieron en un amargo silencio. Pesaba sobre ellos la amenaza de que tal vez al día siguiente toda aquella familia no tendría hogar en que albergarse. Su opulento vecino exigía el pago de los vencidos alquileres.

—Mando que todos estén contentos, dijo Juanita, y sus padres procuraron ocultar sus pesares al ir á comer, por no contristar á la pobre niña en un día que todos querían hacerle feliz.

IV.

Iban á ponerse á la mesa cuando sonaron á la puerta grandes golpes: ¡pam, pam, pam!

—¿Quién llama?

—Tilin, tilin, tilin.

—¿Quién es?

—Abrid al rey de un día, porque el día va á concluir. Abrid; ¡traigo una buena noticia de parte del Salvador!

Abrieron, y se presentó Fernandito Mendoza.

—Cómo, dijo asombrada la abuela, ¡es Fernandito quien nos visita, Juanita! Es rey como tú eres reina. Saludad á Fernandito. En todo se parece á su abuelo. ¿Nos le envía la Virgen tal vez?

Abriéronse asombrados los ojos de Juanita con tan agradable sorpresa.

—Buenas tardes, Juanita, te traigo una cosa; no llores ya mas.

Lo que el niño traía era un papel doblado que tomó Juanita sin saber qué hacer de él.

—Día de gracia y de perdon, exclamó la abuela despues de haberlo leído rápidamente. Hijos míos, hija mía, nietos, alabemos á Dios. Es el recibo del pago de los alquileres de la casa. Ven, Fernandito, tú serás bendecido durante todos los días de la vida, aun cuando vivas diez veces mas que tu abuelo, y bendito en la eternidad porque tú eres el rico bueno.

—Madre mía, eso no es posible, gritó fuera de sí su nuera sofocada por el dolor.

—¿Cuando yo te lo digo! ¿Qué no crees tú ya en los milagros?

En efecto, era esto un verdadero milagro.

Fernando pasa de los brazos de unos en otros de la familia, festejado, sosteniendo apenas en su cabeza el sombrero tricornio de su opulento abuelo. Contó sencillamente lo que había hecho, y lo que había hecho tan perfectamente.

Al volver á su casa con el corazón afligido por haber visto llorar á Juanita, y pensando que esta no tenía para comer mas que una tortilla y unas patatas, había desaparecido todo su apetito. No se cuidó de ver preparar los exquisitos manjares que había encargado, y que hervían en las marmitas, y no hizo las visitas que tan frecuentemente hacía á la cocina. Vió friamente la suntuosa mesa preparada para el festín, no reparó en los ramilletes de dulce ni tocó á ninguno de ellos, abría y cerraba con ruido las puertas, y nada podía desarrugar su frente, en que se veía retratado el enfado. Veía siempre delante de sí la llorosa cara de Juanita, y la palabra de *plantar en la calle* se presentaba á su memoria con la débil argentina voz de su compañera de

inocencia. Arrastraba su baston por las escaleras como si tuviese los setenta y seis años de su abuelo, cuyo vestido llevaba. Colérico de no encontrar placer en nada, corrió á esconderse en el cuarto de su abuelo para desnudarse. Dormía el anciano echado en un gran sillón delante de una buena chimenea que le tostaba casi las piernas. Fernando se colocó en otro sillón enfrente aguardando á que despertase.

Cayósele el baston de puño de oro que tenia sobre sus rodillas, y rodando hasta los pies del opulento propietario, que se despertó, y abriendo los ojos vió á su nieto Fernando.

á los faldones de su casaca, y repitió resueltamente que queria desnudarse, porque al padre de Juanita lo iban á echar de su casa á la calle.

—Cómo ¿tú quieres echar á perder la fiesta, y darnos una mala comida por un hombre que me debe seis meses de alquiler?

—Yo ordeno que los pagues con tu dinero, y soy el amo hoy, gritó el jóven abuelo.

—¿Quieres callar, bribonzuelo? dijo en voz baja el avaro tomando el camino del comedor. ¿Quieres arruinarme porque es hoy tu fiesta? Ven, ven á ver lo que me cuestas, hijo pródigo. ¿Sabes que necesito yo cobrar bastantes alquileres



Los tres inocentes.

—¿Eres tú, abuelo? dijo el anciano amablemente satisfecho del ratito de sueño que había echado.

Fernando le respondió que él no era abuelo, y que queria quitarse los vestidos, lo que incomodó al señor de Mendoza, creyendo que habrian desobedecido en algo á su querido nieto mimado. Fernando era el solo ser viviente que amaba el avaro.

Sonaba continuamente la campanilla de la puerta de la calle, y los convidados acudian apresurados á esta especie de palacio de la abundancia, porque Fernando habia usado ámpliamente de su poder real para disponer su festin.

Este ruido hizo levantarse á Mendoza, advirtiéndole que era llegada la hora de comer. Fernando entonces se agarró

para pagar los pollos, los pavos y los dulces que te he dejado encargar?

En este momento los parientes y los amigos subian ya á buscar á Mendoza, porque la comida estaba servida.

Mendoza aprovechó esta ocasion para coger la barandilla de la escalera y bajar con el fin de librarse así de lo que juzgaba un ligero capricho de su nietecito; empero no fué así.

Al entrar al comedor, Fernando no contestó á las fiestas y los saludos que le hacian los convidados. Púsose de codos sobre la mesa, rehusando comer, y pronunció estas palabras terribles para un abuelo:

—¡Yo no quiero ser mi abuelo!

Desconcertados estaban los convidados, y los parientes mas. Criados y criadas preguntaban en coro al inocente:—¿Quiere beber el señor? ¿Quiere el señor perdiz, salmon, pavo? Fernando permanecía inmóvil, y los demas comian sin poder atinar en qué consistia la obstinada tristeza del niño. Mendoza miraba al fondo de su plato; la vergüenza paralizaba su estómago.

En medio de este silencio, de este malestar insoportable para todos, el niño dando golpes con los puños sobre la mesa, pronunció repentinamente y con voz fuerte:

—Ordeno y mando que el padre de Juanita no sea echado mañana á la calle. Si le echan me quito mis vestidos y no soy inocente.

—¿Seis meses! repitieron los convidados.

—¿Si no le echaria yo á la calle? replicó Mendoza, ¿yo que soy tan humano?

—Es preciso considerar, padre mio, dijo uno de los hijos, que el maestro Félix ha pagado siempre muy bien hasta aqui, que la escasez del último invierno le ha costado mucho; y que él ha contenido á los pobres que en su exasperacion tal vez hubieran saqueado nuestros graneros. Tiene ademas cuatro hijos...

—Pardiez, yo tengo cinco, replicó Mendoza mirando á todos, y yo pago todo; ¡mis gastos son enormes, enormes!

Fernando se echó á llorar á mas no poder, y empezó á retorcerse los brazos.



La fiesta de los Inocentes.

El verdadero abuelo bebió un vaso de vino para no desmayarse. Todos los convidados se quedaron consternados con la salida del niño.

—Vamos, venga papel, continuó éste llorando. Una pluma, tinta: escribid pronto, abuelo, el recibo de la casa del maestro pintor.

—Y bien, padre mio, dijeron los hijos del avaro, y su nuera y todos los parientes: es preciso hacer su voluntad; essu dia.

—Pensad, respondió el anciano poniéndose palido, que ese hombre honrado debe ya seis meses, y que esto es cerca de mil quinientos reales.

TOMO XII.

—Y bien, perdonad los alquileres, perdonad los alquileres, exclamaron cuantos habia en la mesa.

—Cuando se sepa esta violacion de mi costumbre, todos los inquilinos de mis otras fincas me vendrán á pedir es perdon del inquilinato.

—No, padre mio, no lo creerán, dijo uno de sus hijos para consolarlo.

—Nadie le creeria, señor de Mendoza, dijeron los demas apoyando la idea.

—Ah! no conoceis á esos picaros pobres; razon teneis, dijo gimiendo el avaro, en llamar á hoy un gran dia, des-

pues de haber escrito y firmado al fin como si dejase caer diez años de vida sobre el papel.

Fernando cogió ufano y victorioso su recibo, salió con él en la mano gritando:

—¡Que me guarden algo, que vuelvo para bailar.

Rápido como el viento llegó á casa de Félix. Juzgad si la familia de éste, despues de haberle festejado como un amigo, le acompañaron hasta su casa con todas las bendiciones que merecia.

Fernandito comió despues muy alegre, fué muy obsequiado, y aun á las altas horas de la noche se oían los armoniosos ecos del baile que se daba en honor de este niño encantador.

V.

En la casa del pobre pintor la abuela habia dicho:

—¡Ahora, hijos míos, alabemos á Dios! comeremos esta vez á la hora que come el rico, y le bendiciremos, merced á la energía del leal niño, que acaba de convertir en hombre humano á un avaro. Comeremos bien y alegremente y en paz, y sin miedo de vernos mañana en la calle. Vamos.

Toda la familia siguió á la abuelita, cuya frente estaba radiante de alegría. Ella nunca habia desconfiado de Dios. El tío Juan llevaba en brazos á Juanita como en triunfo, la colocó en el sitio preferente de la mesa, y aleccionado por su abuela repitió con su débil voz:

—¡Padre, madre, hermanitos, á todos os bendigo! ¿Y puedo bendecir también á Fernando? añadió con gravedad.

—Sí, sí, sí, respondieron todos á la vez: ¡viva Fernando, y viva la inocencia!

En la mesa celebraron la prevision de la abuela directora del festin, la generosidad del tío Juan, y el padre y la madre y los niños todos se maravillaron de oír la relacion que hizo Justito, lleno de orgullo y de gloria de haber contribuido á este fenomenal suceso.

Séanos permitido tomar aqui un momento de aliento en este punto en que vemos establecida la alegría en los corazones sencillos y generosos bajo el techo del altivo y leal artesano, despues que hemos visto á la avaricia misma, esa asquerosa y dura pasion, ceder al irresistible ascendiente de la caridad. No puede contemplarse un espectáculo mas sério, mas dulce, no puede menos de sentirse la pérdida, el olvido de estas tradiciones que consagraban la celebracion de la fiesta del amor divino, de la vejez y de la infancia. En estos tiempos de respeto á los largos años pasados en el ejercicio de la virtud, ¿qué muger tendria miedo de envejecer? Ninguna. Todas se refugiaban con felicidad en el reconocimiento de sus hijos y de sus nietos; todas veían con religiosa fé suspendida sobre su cabeza agobiada por el peso de los años, una corona. No, esas madres no temían perder su belleza, seguras de hallar un abrigo, de morir en brazos de sus hijos.

Salud á las madres, á las mugeres que nadie puede ver sin pensar en su infancia; las mugeres, que cualquiera que sea su edad nos inspiran respeto. Jóvenes son nuestras hermanas, nuestras esposas, ¡ancianas son nuestras madres!...

Volvamos un momento á la opulenta casa donde aun resuenan los sonidos de la música del baile. Fernandito, despues de haber bailado, despues de haber jugado muy ale-

gre gran parte de la noche, durmió hasta la mañana siguiente con el sueño del justo, del inocente.

VI.

El hijo del artesano, el pobre Antonito, fué tambien muy feliz, empero como era el que mas habia sufrido fué el solo que tuvo la verdadera felicidad de los ángeles recibiendo la corona de la gloria. Un momento le distrajo el canto del pajarito de Juanita. Despues de ligeras convulsiones hácia la caída de la tarde no se oyó ya el grito que tanto repetía: «Yo mando ver á mi madre.» Le encontraron silencioso en la cama de esta madre ausente, con la sonrisa en los labios, inmóvil, tranquilo, abrazando aun entre sus dos manos la jaula que habia satisfecho su último capricho. El primer deseo del enfermo niño se habia realizado sin dificultad: ¡soñando que habia tomado las alas del pajarito habia volado á ver su madre!...

Podemos reasumir su triste historia en esta tierna balada:

¿Qué música es esa? ¿qué vago sonido,
Qué cántico viene mi sueño á turbar?
¡Oh, padre! ¿prepara quien es quien mi oído
Halaga á deshora con dulce cantar?

Yo, nada, hijo mío, ni escucho ni miro:
Descansa, que nadie te canta, ¡oh mi amor!
Ni suena una cuerda, ni se oye un suspiro,
¡Pobre niño enfermo, te abraza el calor!...

No, padre, esos cantos que son mi consuelo,
No son los terrestres que suelen oír.
Los ángeles cantan abriéndome el cielo.
¡Adios, padre mío!... Ya empiezo á dormir...

LA MAGA DE NAVIDAD.

I.

LAS TRES MONEDAS DE ORO.

En la casa de campo de mi abuelo....

No vayáis á creer, amigos míos, que mi abuelo era un gran señor. Era un pobre soldado, estimado de todos, porque habia sido valiente, y á quien amaba yo con veneracion y respeto, porque era muy bueno. Su casa de campo era vieja y pobre como él: sus adornos eran raros, y sus paredes se parecían por lo agujereadas y remendadas á la capa de uno de nuestros antiguos estudiantes.

Dichosamente, Dios, que restablece siempre el equilibrio, habia tapado algunos de sus agujeros bajo los festones de una viña, donde corría un parlante arroyuelo.

En la posesion de mi abuelo habia un vasto salon donde ardía en el invierno una gran fogata.

En un extremo de esta fogata, sentado en un viejo sillón de cuero con tachuelas doradas, se encontraban todas las noches un anciano y un niño. El anciano tenía el ánimo de un joven, y la memoria escelente, y hablaba con facilidad; contaba muy bonitas historias de los tiempos pasados, llenas de nobles acciones, de hechos heroicos y de humildes rasgos de virtud.

El niño escuchaba con un recogimiento profundo.

Este anciano era mi abuelo, y el niño era yo.

La noche la pasábamos ordinariamente desde las siete á las diez.

A las diez mi abuelo pedía su bastón y su gorro de dormir y se retiraba.

Yo permanecía, sin embargo, una media hora más sentado á la lumbre, pensando como se piensa cuando se tienen doce años, con la vista fija sobre las caprichosas figuras de la brasa que se metamorfoseaba incesantemente, tan pronto en palacio como en cabaña, arrojando acá y allá una llama azulada que se me figuraba ser una buena maga alegre y risueña, y cuyo indeciso reflejo lanzaba una chispa fantástica sobre la vieja tapicería de personajes descoloridos que cubrían las paredes.

Una noche, mis jóvenes amigos, era la víspera de Navidad, hacia mucho frío, os lo juro, la nieve cubría la pradera; el viento lloraba en las chimeneas y en los pinos seculares, y mi abuelo, que tenía muchas cicatrices y padecía de reuma, mandó que le calentasen su cama colgada.

En el salón grande había un reloj, y este reloj había sonado las once, y sin embargo, aun me hallaba cerca de la lumbre, solo, pensando deliciosamente y formando castillos en el aire.

Pues bien, yo tenía en mis manos tres piezas, amarillas, brillantes, á las que yo consideraba con indecible alegría, Eran tres piezas de oro.

—Mi abuelo acababa de dárme las diciéndome:

—El año anterior, en la misma época, te di juguetes, y este año prefiero dejar que escojas tú mismo. Irás á Madrid mañana con Pedro, y comprarás lo que se te antoje: reflexiónalo bien.

—Mi abuelo llevaba en esto algún pensamiento oculto obrando de esta manera.

Me puse, pues, á reflexionar, y como la lechera de la fábula, vacilaba entre el atractivo de una quinta y la adquisición de un palacio... todo por doscientos cuarenta reales.

Primero pensé en una escopeta, una escopeta verdadera con la cual yo pudiese matar conejos; luego recordé que tenía ya conejos, y me pregunté si haría bien en optar por un equipo de pescador y comprar además cañas y redes.

Luego pensé además de las redes, en una barca nueva; pintada de verde y amarillo, con una preciosa vela, que bogaría muy bien por un riachuelo que estaba situado á quinientos pasos de la posesión.

Después, en fin, y por aquí debiera haber comenzado, recordé que había visto en el estante de un librero magníficos libros encuadernados, con los cantos dorados, y que contenían una multitud de cosas mucho más bellas que su encuadernación.

La escopeta, las redes y la barca lucharon un minuto contra este cuarto y más grave antojo, pero al fin los libros ganaron, y mi elección se hubiera fijado definitivamente, si...

Si yo no hubiese visto de repente uno de los tizones de la hoguera lanzar una pequeña llama azul.

Esta llama creció poco á poco, y encendió bien pronto la fogata completamente, y además alumbró la sala.

Yo cerré los ojos deslumbrado, y cuando los volví á abrir la llama había desaparecido; pero en su lugar, delante de mí, vi una hermosa joven, cuya presencia me hizo arrancar un grito de admiración.

Si queréis figurároslo exactamente, mis jóvenes amigos,

mirad á vuestra hermana mayor, á vuestra hermana de quince ó diez y seis años, cuya mirada es encantadora, é indicando con la boca una leve sonrisa; ó bien poned por delante el retrato de vuestra madre, pintada á los diez y ocho años, de vuestra madre, que presentía ya sin duda los pesares y los cuidados que iba á causarle, y cuya frente comenzaba á velarse con una melancolía pensativa, cuando su labio tenía aun la fresca y bella sonrisa, la mirada cándida y gozosa de la juventud.

Tenía cabellos rubios, grandes ojos azules, pensadores y dulces, una mano pequeñita, sonrosada, diáfana, que se la hubiera besado respetuosamente por espacio de un día entero. Estaba vestida de blanco como los ángeles del paraíso, y su cabeza ceñía una corona de acianos y de margaritas que embalsamaban el aire en su derredor.

Llegóse á mí sonriéndose, y me puso su blanca mano sobre el hombro:

—Yo soy la maga de Navidad, me dijo, y traigo á los niños juguetes mucho más bellos que los que ellos quieren comprar.

Yo la miré con admiración.

—Pues que soy maga, prosiguió, yo puedo saberlo todo. Yo he visto tu duda, y he venido para aconsejarte. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Oh! sí, le dije yo entusiasmado.

—Vamos á la misa del gallo. Ven.

Yo tomé mi capota y mi gorra y la seguí. Atravesamos silenciosamente los corredores; llegamos á la puerta de entrada, que se abrió sin ruido, y Cunegundo, el perro negro, que vigilaba durante la noche, nos dejó pasar sin murmurar.

Había sobre la tierra una espesa capa de nieve; pero no hacia frío, pues la maga parecía despedir en su derredor un dulce calor, y el viento á su vista sin duda, se había apaciguado y refugiado en los oscuros bosques que le sirven de asilo durante los hermosos días.

La nieve se endurecía bajo nuestros pasos, y la luna alumbraba nuestro camino.

La aldea estaba á una media legua de distancia, pero nosotros íbamos á un paso rápido y llegamos pronto á sus primeras casas, humildes cabañas cubiertas de paja, edificadas con piedras, cimentadas con arcilla, y abrigando pobres labradores que apenas podían ganar durante todo el verano el pan para comer todo el invierno.

—La misa no ha empezado, me dijo la maga de Navidad, que me llevaba siempre de la mano. Entremos un rato en casa del tío Juan; yo veo luz en su habitación.

El tío Juan era un viejo soldado que había servido bajo las órdenes de mi abuelo, y que ya no tenía más que una pierna.

Era pobre, y no tenía para vivir más que su oficio y el trabajo de su hija, una hermosa joven, virtuosa y llena de valor, que Dios le había enviado como la Antigone de Edipo ó la Malvina de Fingal.

El tío Juan hacía cestas con los juncos de la ribera, y echaba asientos á las sillas de la aldea. Su hija trabajaba en el campo.

Entramos, pues, en la cabaña, la maga era invisible para sus huéspedes.

La maga se manifestó solamente á mí.

El tío Juan estaba acostado y se quejaba dolorosamente.

El invierno era una ruda estacion para él; el dolor de su pierna le hacia sufrir horrosamente, sus heridas se reverdecian, y estaba meses enteros sin poder trabajar.

Con este dia hacia ya veinte que el tio Juan estaba postrado en la cama.

—Mira y reflexiona bien, me dijo la maga al oido. Yo miré en efecto, y vi que no tenia sobre la mesa mas que un jarro de agua helada en lugar de vino, y en la lumbre no ardian mas que unos tizos, y que la cesta no contenia mas que

Era la cabaña de Marta, la viuda, una pobre muger cuyo marido, cazador de gamos, habia muerto el año anterior dejando cinco hijos, un pequeño terreno y una casa que le parecia muy grande y muy vacía ahora.

Los labradores de la aldea, habiéndose compadecido de la miseria de la viuda, se habian reunido para cultivar su campo; pero el año habia sido malo y las patatas habian faltado.

Marta se hallaba sentada á la lumbre rodeada de sus hi-



un pedazo de pan negro. Yo llevaba en mis manos las tres monedas de oro. Las consideré furtivamente á la luz de la hoguera; vi brillar sobre una la efigie de Carlos III, y la puse en la mano del anciano militar, que lloró tiernamente y me llamó su hijo.

—Ven, me dijo la maga de Navidad sacandome de allí.

Salimos. Todavía no habian tocado á misa, y estando cerca de la iglesia, vimos otra cabaña igualmente alumbrada.

—Llama y entremos, me dijo la maga.

jos que se habian puesto su mejor ropa para asistir á la misa del Hijo de Dios. Mientras tanto devoraban un pedazo de pan de centeno y me ofrecieron las buenas criaturas su alimento; y como cuando ellos iban á mi casa de campo yo dividia con ellos mis juguetes y mis pedazos de pan blanco con manteca, acepté gustoso su agasajo.

—No tendrán juguetes de Noche-Buena, me dijo la maga por lo bajo.

Yo abrí mi mano y considere mi segunda moneda de oro.

Llevaba el cuño de Carlos IV y la arrojé en la falda del mas joven de todos los niños.

En este momento se oyó el primer toque de misa.

—Ven á la iglesia, me dijo la maga.

—Me queda una moneda de oro, murmuré.

—Ven, sin embargo, me respondió sonriendo.

Entramos en la iglesia, en donde ardian todos los cirios; y en lugar de sentarme en un magnifico banco donde tenia costumbre de sentarme, la maga me llevó á la sacristia, don-

—Preguntadle, me dijo la maga por lo bajo, por qué la vispera de Pascua tiene una sotana tan usada.

Yo me llegué á él:

—Padre cura, le dije, mi abuelo ¿no os dado el mes ultimo un poco de dinero diciéndoos que era para una sotana nueva?

—Si, amigo mio, me respondió sencillamente el buen pastor; pero al dia siguiente, Margarita Dóbola, ya la conoces, se casó con Pedro el pastor.



de el cura se disponia á ponerse la casulla dorada que servia en los dias solemnes.

Era un sacerdote anciano que ponía en práctica las lecciones del Evangelio; era la Providencia de los pobres, el padre de los huérfanos, el sosten de las vidas y el paño de ágrimas de todos.

Me habia bautizado, y me habia enseñado las primeras páginas del catecismo, y la primera declinacion latina.

—Si, ¿y que?

—Margarita no tenia ropa nueva para el casamiento, y yo pensé que aunque mi sotana está vieja, podria tirar hasta la otra pascua.

Por tercera vez abrí mi mano, y examiné mi última moneda de oro. Llevaba la efigie de Isabel II.

—Señor cura, dije; aqui tenéis esta moneda; si no es bastante pediré dinero á mi madre, y me lo devolveréis

mas tarde, cuando vuestros pobres tengan lo necesario.

El anciano sacerdote me cogió en sus brazos, y me dijo lleno de emocion:

—Dios te bendiga, hijo mio, como yo te bendigo.

Yo me volví orgulloso para ver la mirada de mi maga de Navidad.

La maga habia desaparecido.

II.

ARMANDO.

Dia por dia, un año despues, me encontraba en el colegio.

Me habia despedido de las deliciosas noches de la casa de campo, de las entretenidas historias de mi abuelo, de las indulgentes lecciones del cura, y echaba de menos todo esto, colocado en presencia de maestros graves e indiferentes que estimulaban mi pereza con castigos.

Ibamos á la misa del gallo, celebrada en la capilla del colegio, y subiamos despues tristemente al dormitorio donde nos esperaba nuestra helada cama.

Sobre esta encontré una pequeña bolsa, y en esta bolsa habia tres monedas de oro,—las tres monedas anuales de mi abuelo.

—¡Ah! pensaba yo mirándolas, estoy tan lejos de la aldea.... Y ademias, el tio Juan ha muerto, la sotana del cura no puede estar usada todavia.... Y mi papá este año, dará aguinaldos á los niños de Marta, la viuda. ¿Qué haré con estas tres monedas de oro? ¿Qué compraré? ¿Un fusil? tengo uno: ¿una barca? tambien la tengo; ¿libros? ahora tengo mas que los que quiero... y bien poco divertidos por cierto.

Y miraba y daba vueltas á mi bolsa.

—Maga, murmuré, maga de Navidad, ¿en dónde estás? ¿no quieres venir á aconsejarme?

Apenas habia acabado, cuando la maga estaba delante de mí. Como el año precedente me cogió de la mano, y haciéndome invisible para mis camaradas, atravesamos el dormitorio, y me llevó á la sala de estudio, donde distinguí, inclinado sobre su pupitre y escribiendo á aquella hora avanzada de la noche á Armando, mi mejor amigo.

Era un joven triste y grave, y mas triste que lo que requiere su edad,—tenia catorce años.—Jugaba raras veces y nunca reia; pero era estudioso, y sus compañeros á los cuales imponia, sin duda, su frente pálida y un poco alta, le amaban con una especie de respeto.

Armando era hijo de un amigo de mi padre. Su padre; su padre habia sido muerto en el sitio de Bilbao conduciendo su regimiento al asalto.

Armando era mayor, mas fuerte y mas juicioso que yo: sabia que nuestros padres eran amigos y habia continuado esta amistad erigiéndose en mi protector. Gracias á él yo me habia escapado de lo que en terminos de colegio se llama *escuelas*, rudas pruebas que esperan los discípulos novicios.

La maga de Navidad puso un dedo sobre su boca para recomendarle el silencio y me puso detrás de él. Luego, mostrándome la carta que Armando escribia, me dijo:

—Lee.

Yo me incliné sujetando mi aliento, y he aqui lo que yo lei:

Querida hermana mia:

«Tengo el corazon traspasado de pena, pues es Navidad y los niños tienen todos aguinaldos. ¡Ay! ¡yo no tengo nada que enviarte, ángel mio! Tú sabes que nuestra buena madre tiene mucha pena desde que papá murió al servicio de la reina, para pagar mi colegio, y no ha podido mandarme dinero este año. ¡Pobre hermana mia! mi corazon sufre al pensar que no puedo hacerte ninguno de esos regalos que los hermanos hacen á sus hermanas. Pero ten paciencia. Algun dia llegaré á ser oficial como nuestro padre, y entonces tendré dinero...»

No tuve fuerzas para seguir leyendo, y estreché contra mi pecho á Armando, que se volvió estupefacto y avergonzado.

—Mira, le dije; un dia vendrá en que los dos seamos oficiales y en que podamos dividir nuestro dinero tambien; toma la mitad de mis aguinaldos para que los envíes á tu hermana.

Y mientras que Armando derramaba lágrimas de alegría y reconocimiento, la maga asió mi mano, la apretó dulcemente, puso un beso encantador sobre mi frente, y desapareció.

III.

EL NOMBRE DE LA MAGA.

Muchas navidades habian pasado, y ya no habia vuelto á ver á la maga; pero todos los años me acordaba de la alegría que yo habia experimentado consolando una miseria ó un orgulloso y noble infortunio.

Mi pobre abuelo dormia hacia ya mucho tiempo el último sueño, á la sombra de los cipreses de mi aldea; yo habia llegado ya á ser hombre, y habitaba en esta gran ciudad del cielo negro que se llama Madrid.

Los hombres habian sido duros para mí; los cuidados de la vida habian abierto mas de un surco imperceptible sobre mi frente, y yo habia pasado aquella hora solemne que nos separa para siempre de la adolescencia, que se llama la edad de los veinte años.

Era tambien la víspera de Navidad. Hacia frio, llovía y el viento agitaba lúgubremente la llama de los reverberos.

Pasaba con el entrecejo fruncido, envuelto en mi capa, por una calle con la mano en mi bolsillo, y tocando con mis dedos febriles, no las monedas de mi pobre abuelo, sino un poco de aquel oro que los hombres me vendian á precio de mis laboriosas vigiliias y de mi continuo trabajo.

En medio de la calle habia una casa espléndidamente iluminada, de la cual salian risas estrepitosas y frenéticas.

Era una de estas fondas modernas abiertas toda la noche, desde Navidad hasta el Carnaval.

Entre las voces que resonaban dentro, creí reconocer algunas y me preparé para entrar.

En el umbral de la puerta habia una mendiga llena de harapos, sosteniendo en sus brazos á un niño amoratado por el frio y por la lluvia que le inundaba:

—Por el amor de Dios, murmuró la pobre muger, compadécenos, caballero; yo tengo hambre y mi niño está helado de frio.

Yo vacilé un segundo; otro segundo estuve tentado de cambiar en alegría la miseria de la pobre muger... Pero ya os lo he dicho, los hombres habian sido muy crueles para mí, habian lacerado mi corazon y mi juventud, y mi juven-

tud se habia convertido en tristeza, y mi corazon se habia cerrado.

Pasé, pues, bruscamente sin escuchar á la mendiga; subí, guiado por las risotadas; llegué á un salon donde vi una mesa magníficamente servida, y reconocí en su derredor á antiguos amigos míos, á varios jóvenes que habian sufrido como yo, y que tenian necesidad de olvidar crueles desengaños.

Yo me senté con ellos; cogí temblando mi copa espumante de vino, bebi y rei la noche entera, y cuando al otro dia las primeras claridades del alba vinieron á palidecer nuestras bugías, cuando salimos... la mendiga no estaba ya en su sitio.

Entonces me acordé de su voz sorda y despedazadora, de la huesosa y descarnada mano que me habia tendido con una mirada suplicante... Y el remordimiento puso un nudo en mi garganta y me fui solo al través de las calles, marchando por encima del lodo, con la cabeza desnuda, para calmar un poco con los besos de la lluvia el delirio de mi frente.

De esta manera llegué á mi casa.

Mi chimenea ardía todavía, mi lámpara acababa de apagarse, mi perro dormía en un rincon con el sueño apacible de la fidelidad.

Sobre la piedra de la chimenea y á la luz indecisa del último tizon, vi una forma blanca encorbada, ó mas bien

arrodillada en la actitud del dolor; oí una respiración jadeante y entrecortada mezclada de sollozos, y es tremeándome pregunté quién estaba allí.

La forma blanca se levantó lentamente y reconocí á la maga de Navidad.

No era ya la maga bella y serena que se me habia aparecido por dos veces, sino una joven de mirada triste y moribunda, arrasada de lágrimas, de frente pálida, de labios descoloridos... ¡un fantasma!

—¡La maga de Navidad! exclamé ¿eres tú?

—Yo no soy ya la maga de Navidad, me respondió llorando; tú acabas de matarme, desgraciado, y yo quiero decirte mi verdadero nombre antes de morir.

Entonces la vi confundirse en una llama azulada semejante á aquella que en otro tiempo le habia dado nacimiento. Esta llama alumbró primero la hoguera; despues, disminuyendo, retembló fosfóricamente por encima del tizon, y por último se estinguió del todo.

Y entonces oí una voz despedazadora y angustiosa que hirió el silencio que me rodeaba, y exclamó:

—Yo no existo ya; yo era tu JUVENTUD.

Niños que acabais de leer esta historia, tened siempre abierta la mano, dad incesantemente y nunca os pese, porque la JUVENTUD no se va mas que cuando el corazon se ha cerrado.



Puente de San Cloud — Pag. 269.



INDICE POR ORDEN ALFABETICO.

- AMISTADES DE SALON (las), pág. 240.
AÑO NUEVO (el), por don Luis Mariano de Larra, pág. 7.
AVENTURAS DE TRES ADORMIDERAS, página 193.
BATALLA DE DAROCA (la), por don F. F. Villabril, pág. 486.
BOI QUE HABLA (el), leyenda de la festividad del Domingo de Ramos, pág. 63.
BUHONERO DE FRANCIA (el), página 24.
CAJA DEL MILAGRO (la), pág. 106.
CAZA CON WILCON (la),—Historia de un trovador, pág. 37.
CELOS INFUNDADOS, págs. 188 y 204.
CERVANTES Y AVELLANEDA, pág. 33.
CLAVO (el), por Hyppolite Lucas, página 140.
COMODORO GUILLERMO (el), anécdota histórica, pág. 160.
CONDE FERNAN GONZALEZ (el), por don F. F. Villabril, pág. 3.
CORREO DE ALDEA (el), pág. 209.
DOS ALMAS IGUALES, pág. 231.
EMPERADOR NICOLAS (el), página 49.
EPISODIOS DE AUSTERLITZ, pág. 467.
ESMERERON DE AMERICA (el), página 443.
ESPIRITU DE LOS ANIMALES.—Arte militar entre los perros, pág. 237.
FIESTA DE LOS INOCENTES (la), pág. 282.
HERMANA ROSALIA (la), (anécdota contemporánea) pág. 139.
INFANCIA DE BERNARDINO DE SAINT-PIERRE, pág. 213.
INSTRUCCION Y EDUCACION, por don I. A. Bermejo, pág. 25.
LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO, página 447.
LA HUIDA A EGIPTO, pág. 265.
LAS CAPAS Y LOS SOMBREROS, ó el motin de Esquilache en 1766, por el conde de Fabraquer, págs. 18 y 44.
LEALTAD DE UN MEDINENSE, por don Saturnino Gonzalez y Reguera, página 177.
LEYENDA HISTORICA, por don Nicolás Castor de Caunedo, pág. 89.
LOBOS EN EL PRINCIPADO (los), pág. 35.
LOS DOS DESAFIOS DEL OBISPO, anécdota histórica, pág. 31.
LLEGADA DEL VAPOR (la), pág. 119.
MAGA DE NAVIDAD (la), pág. 230.
MARQUES DE BAUCOURT (el), leccion de pintura en tres cuadros, página 217.
MONOGRAFIA DE LA CLEMATITA, página 443.
MONOGRAFIA DE LA ROSA, pág. 223.
MUERTE DE ASDRUBAL, por don F. F. Villabril, pág. 266.
MUNDO Y LOS HOMBREROS (el), por don A. Magariños Cervantes, pág. 28.
PASION Y MUERTE DE JESECRISTO, pág. 39.
PEDRO PABLO RUBENS, pág. 121.
¡POR UNA HIJA! comedia en un acto, página 150.
PREDICCIONES DE UN MEDICO (las), página 81.
PRENDAS MORALES DE ABD-EL-KADER, página 492.
PUY-DE-DOME (el), págs. 233, 244 y 278.
RAIMUNDO LULIO. Una página de su vida, págs. 406 y 131.
RAMO DE PAJA (el), páginas 74, 97, 123, 161, 169, 212, 258, 239 y 269.
RUSIA Y LOS RUSOS (la), págs. 413, 473, 244 y 246.
SALVADOR ROSA, pág. 92.
SAPÓS AMIGOS DEL HOMBRE INGRATO (los), pág. 483.
SENTENCIAS Y PROVERBIOS INGLESEROS, página 25.
SILVIO PELLICO, pág. 236.
SOBRE GUSTOS, página 466.
SOFIA CRUELLI, pág. 263.
UN CASAMIENTO DE REAL ORDEN, comedia en un acto, pág. 89.
UN MISTERIO HISTORICO, pág. 403.
UN MISIONERO, pág. 193.
UN TERCERO EN DISCORDIA, pág. 200.
ZAIMA, leyenda, por don A. Bravo y Tudela; págs. 227, 230, y 274.
WOLFRANG, MOZART Y MARIA ANTONIETA, pág. 2.